

MINISTERIO

adventista

septiembre-octubre de 1982

La difusión
de la Biblia en
los países
de habla castellana



“Sólo los que hayan estudiado diligentemente las Escrituras y hayan recibido el amor de la verdad en sus corazones, serán protegidos de los poderosos engaños que cautivarán al mundo. Merced al testimonio bíblico descubrirán al engañador bajo su disfraz. El tiempo de prueba llegará para todos. . . ¿Se sienten los hijos de Dios actualmente bastante firmes en la Palabra divina para no ceder al testimonio de sus sentidos?”

El Conflicto de los Siglos, pág. 683.

Año 30 Septiembre-Octubre de 1982

MINISTERIO adventista

CONTENIDO

- 3 Una carta abierta a Dios
- 7 La difusión de la Biblia en los países de habla castellana
- 11 El ministerio profético
- 14 Sé una amiga
- 16 “Asombrosa y maravillosamente fui formado. . .”
- 18 El ministerio compartido
- 21 Cómo hacer interesante una reunión misionera
- 23 El lugar de la mujer en el ministerio
- 27 Creo en Jesucristo

DIRECTOR
Rolando A. Itin

CONSEJEROS
Carlos E. Aeschlimann
Daniel Belvedere
José Bessa

REDACTORES
Alberto Novell
Daniel Scarone

- 40229 -

MINISTERIO adventista Revista publicada bimestralmente por la Asociación Ministerial de las divisiones Interamericana y Sudamericana de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Impresa en la República Argentina mediante el sistema offset en los talleres gráficos de la Asociación Casa Editora Sudamericana, Avda. San Martín 4555, 1602 Florida, Buenos Aires.

REGISTRO NACIONAL DE LA
PROPIEDAD INTELECTUAL
N° 136036

CORREO ARGENTINO Florida (B) y Central (B)	FRANQUEO A PAGAR Cuenta N° 199
	TARIFA REDUCIDA Concesión N° 6.706



Una carta abierta a Dios

MI QUERIDO PADRE en los cielos:

Como tú sabes, el propósito de una carta "abierta" es compartir pensamientos no sólo con aquel a quien dirigimos la carta, sino también con aquellos que *deben* leerla. Por supuesto que en tu caso, una carta no es necesaria. Tú sabes, sin que necesite escribirte, cómo me siento acerca del plan "Mil días de cosecha". Sabes también que yo creo en ese cuerpo visible, organizado, al cual en la tierra llamamos Iglesia Adventista del Séptimo Día, y la sostengo. Tú nos has dicho que es el supremo objeto de tu afecto aquí en la tierra, y creo que es así a pesar de nuestras fallas en seguir tu explícito consejo. Por lo tanto, si a veces parezco negativo en esta epístola, entenderás que bajo ningún concepto es mi intención desmerecer el cuerpo que tú amas y por el cual tu Hijo se dio a sí mismo para consagrarlo y limpiarlo de tal forma que pudiera estar sin mancha o arruga o defecto. Estoy seguro de que en la iglesia habrá algunos que no estarán felices con ciertas cosas que te escribo.

Tú conoces, por supuesto, el acuerdo del último Concilio Anual. Es otro intento de dar prioridad a la evangelización, de poner la ganancia de almas al comienzo de nuestras agendas, no sólo en cada parte de nuestro ministerio sino de cada gasto de dinero, tiempo y energías.

Como sabes, algunas de nuestras divisiones mundiales están creciendo en forma notable en la ganancia de miembros, comparativamente hablando. También es cierto que otras divisiones parecieran estar estancadas. Pero cuando pienso en la energía original de esta iglesia, durante el gran movimiento adventista, y la forma en la cual se introdujo y estableció obra en más países y culturas que cualquier otra religión protestante, no puedo evitar soñar lo que podría suceder si nosotros realmente tomáramos en serio los conceptos contenidos en el documento de "Mil días de cosecha".

Pero tampoco puedo dejar de preguntarme si éste no será otro documento más que encontrará su lugar de descanso en la tumba de un archivo. ¡Quizás tú también quieres que vaya allí! Pero si yo entiendo adecuadamente tu plan para esta iglesia, ¿no es la ganancia de las almas (y su alimento, por supuesto) el principal objetivo (quizás, el único objetivo) que tú nos has dado? Rescatar a las almas del abismo satánico, y llevarlas de muerte eterna a vida eterna —¿no es ésta la razón por la cual tu Hijo vino como un niño para vivir entre nosotros? ¿No es ésta la razón por la cual El pasó casi treinta años viviendo una vida abnegada y perfecta, y dedicó sus últimos tres años y medio a preparar a unos pocos hombres, humildes e

indoctos, para que predicasen las buenas nuevas de salvación por El provistas? ¿No es ésta la razón por la cual El selló su labor con su propia sangre? Luego de su resurrección, ¿no regresó tu Hijo al cielo donde El obra continuamente en el Santuario celestial, como su centro de mando, con el propósito de salvar a la humanidad perdida? ¿No es cierto, Padre, que la salvación de un alma es el *único* acontecimiento que hace que todo el cielo se regocije, lo que suscita al mismo tiempo un fiero e intenso odio en el corazón de Satanás?

Tu Hijo, cuando estuvo aquí con nosotros, nos habló claramente acerca de la actitud de Satanás hacia nosotros. Nos dijo que el diablo no es sólo un mentiroso y el padre de la mentira, sino que es un asesino desde el principio. Y luego condujiste a que Pedro lo describiese como un ladrón dispuesto a devorar gente. ¿No es acaso esto el meollo del gran conflicto?

Me agrada el modo en el cual tu Hijo sintetiza esta controversia: "El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia" (Juan 10: 10). La forma en la cual El utiliza la expresión "*sino*" para describir la obra del ladrón me aclara que nosotros no podemos transar con el diablo. Y si alguna cosa sé en cuanto a tu Hijo, es que El está tan determinado a salvar a las personas como lo está el diablo a destruirlas. Es una lucha hasta el fin, sin tregua ni pausa, sin pactos ni respiro.

Yo sé que tú conoces el fin desde el principio (aunque algunos de nosotros estamos jugueteando con la idea de que tú no conoces *todas* las cosas realmente y que tu conocimiento crece así como se supone que nosotros crezcamos). Pero yo no tengo todo tu conocimiento, y por lo tanto tengo algunos interrogantes en relación a las respuestas de la iglesia al plan de "Mil días de cosecha". Aquí estamos nosotros en medio de un combate mortal. Confieso que para mí es difícil señalar qué actividad denominacional pudiera ser clasificada como abiertamente mala. Sin embargo, si el tema del gran conflicto es el que yo pienso que es, y si la comisión evangélica significa lo que dice, no puedo menos que sentir que estamos envueltos en algunas actividades que no son de primerísima importancia. De hecho, están frenando el impulso evangelizador de la iglesia.

Por ejemplo, piensa en la forma en que estamos gastando dinero, tiempo y energía en levantar estructuras lujosas. (¡Oh, perdón! ¡Por

un momento olvidé que tú conoces muy bien todas estas cosas y mucho mejor que yo y puedes darme ejemplos de los cuales ni siquiera he soñado!) ¿Pero recuerdas que uno de los puntos en el plan de acción del concilio anual de 1976, "La Evangelización y la Terminación de la Obra", fue poner ciertas limitaciones a los proyectos de edificación? Una declaración específica decía: "Demostremos a nuestro pueblo y al mundo que no creemos en construir en forma extravagante, como si intentáramos hacer de este mundo nuestro hogar. Debemos recordar que los únicos elementos que sobrevivirán a la destrucción de los últimos días, son las almas que estén preparadas para la venida del Señor. . . El único propósito de esta economía debiera ser disponer de más fondos para que la iglesia use en dar el último mensaje de amonestación a toda nación, tribu, lengua y pueblo". Desde que se formuló este plan de acción, a mí me parece que ha habido inauguraciones de oficinas, instituciones, lugares de adoración que podrían ser catalogados como extravagantes e incompatibles con nuestra profesa prioridad de salvar almas. Y este gasto se produce en un tiempo cuando la economía mundial es todo menos estable y parece dirigirse hacia una recesión.

Tú eres plenamente consciente también de cuántos de nuestros sacrificados miembros han llegado a estar desilusionados por el excesivo gasto en ladrillos, mezcla, piedra y madera. Sus corazones ansían ver la obra concluida y el retorno de tu Hijo. Hay cierto desaliento en algunas congregaciones que enfrentan innecesariamente largos meses de cuotas por deudas de construcción. Nosotros que predicamos los principios de la mayordomía a tu pueblo, en el intento de instruirlos en la benevolencia sistemática no debemos olvidar nuestra propia responsabilidad como líderes de practicar los verdaderos principios de la mayordomía en el uso de los sagrados fondos entregados con tanto sacrificio. Padre, tú nos has dado el maravilloso concepto de la relación de un propietario y un administrador para ilustrar tu posición y la nuestra. A veces pienso que nosotros, que somos los líderes de tu iglesia –tus ministros– hemos llegado a creer que somos ambas cosas: propietarios y administradores y que los miembros de iglesia deben conformarse meramente con aprobar nuestra administración. De algún modo haznos recordar, como líderes, de no caer en la tentación de usurpar tu lugar como propietario haciendo así fracasar tu misión establecida para

esta iglesia. Las preciosas ovejas que como pastores nos has confiado, debieran tener confianza en que los fondos que dan para esta causa serán manejados con gran cuidado y serán conservados con el propósito de extender los límites de tu reino utilizando todos los medios de evangelización efectivos. Si nosotros pudiéramos saber, como tú lo sabes, el día exacto de la venida de tu Hijo, estoy convencido de que habría una revolución en todo nuestro programa financiero. Nos sacrificaríamos y conservaríamos los fondos como nunca antes con el único propósito de alcanzar y salvar a una humanidad perdida.

Hay algo más en relación con este plan de cosecha, Padre. Es mucho más que un énfasis numérico: es un intento de centralizar nuestra atención en el valor de un alma. ¡Si pudiéramos tan sólo ver por medio de tus ojos el inapreciable valor del ser humano! Si tan sólo pudiéramos sondear la verdadera razón por la cual tu Hijo llegó a ser hombre; por qué vino a vivir con nosotros, a caminar en medio de aquellos cuyo propósito fue destruirlo, y cómo finalmente lo hicieron. Por qué este incomparable Jesús aceptó visitar este mundo perdido. ¡Si tan sólo pudiéramos darnos cuenta de su verdadera motivación! Seguramente no hizo esto para obtener edificios o lograr posiciones en alguna organización, o por razones políticas, o por poder y fama. Su humillante experiencia tuvo tan sólo un propósito, en lo que respecta a nosotros como pecadores atados a esta tierra: rescatarnos de las garras de Satanás. Sé que El lo hizo para vindicarte delante del universo, pero esa vindicación, ¿no consiste en mostrar al universo que tu carácter de amor no podía encontrar solaz hasta que la mayor cantidad posible de tus hijos fuesen reconciliados, aunque esto significase la muerte del mismo Jesús?

Padre, esta prioridad por la ganancia de almas tiene otra razón: espera combinar la teología con la evangelización. Gastamos mucho tiempo debatiendo y discutiendo aspectos doctrinales. Es un misterio para ti, estoy seguro, cómo algunos profesores y pastores pueden perder tanto tiempo en clases y púlpitos jugando con cosas que sólo alimentan el ego de feligreses y alumnos, quienes desesperadamente necesitan tener un conocimiento salvífico de Cristo, para sí mismos y para compartir con otros. Es sorprendente para nosotros, así como también *ha de ser* sorprendente para ti, que haya "adventistas amalecitas" que usan sus talentos y tiempo para producir documentos que

minan sutilmente las doctrinas y la misión de esta iglesia, así como aquella multitud mixta debilitó a Israel en su marcha hacia Canaán. ¡Oh, cuánto necesitamos un cambio radical en nuestra forma de pensar! ¡Una reorganización radical de nuestras prioridades! Si estamos verdaderamente convencidos de que la ganancia de almas es nuestra principal función, entonces se necesitan algunos cambios drásticos en cada nivel de nuestra organización.

Tu intención para con nosotros (si leo correctamente tus revelaciones respecto de nuestro estilo de vida, nuestros blancos y objetivos) es que los líderes de la iglesia se liberen a cualquier precio de las numerosas demandas de su tiempo y energías que no contribuyan verdaderamente a la salvación de las almas. Con respecto a esto tu Hijo puso un ejemplo cuando se le pidió que mediara en una disputa por una herencia. El replicó: "Hombre, ¿quién me ha puesto sobre vosotros como juez o partidador?" (S. Lucas 12: 14).

Tomar seriamente tu propósito para nosotros podría significar un cambio en nuestro sistema educacional y de atención de la salud. Significaría alterar notoriamente nuestro programa de preparación de pastores. En cuanto a esto, Padre, ¿no habría alguna forma —una revelación especial, una visión, un mensajero angélico, o alguna otra— con la cual pudieras apelar al liderazgo de esta iglesia para preparar ministros como Jesús los preparó? Por tres años y medio el más grande de los maestros que este mundo haya conocido preparó a sus discípulos para el servicio por medio del contacto personal, la asociación y el ejemplo. Estos primeros seminaristas caminaron y hablaron con El. Escucharon sus palabras de consuelo y aliento para los trabajados y cargados. Vieron la manifestación de su poder en favor del enfermo y el moribundo. En su aula de la ladera de la montaña, o a la orilla del mar, o caminando por medio de los campos, les reveló los misterios del reino de Dios. Viajaron con El de aldea en aldea y lo observaron cuidadosamente cuando revelaba las verdades del camino de la salvación a las almas abatidas que habían perdido toda esperanza. Pudo haberles revelado filosofías, conceptos e ideas. Pudo haberlos tapado con una montaña de conocimientos, pero les impartió sólo aquello que podían utilizar al ayudar a la gente para el reino. En cada uno de sus viajes pudieron ver cómo hablaba con la gente, ya sea en las atestadas calles, en los solitarios desiertos, como junto a los lagos, o en las mon-

tañas. Compartieron su vianda frugal, y junto a El estuvieron a veces hambrientos y a menudo cansados.

Padre, qué revolución podría ocurrir en la iglesia, si es que pudiéramos preparar a los hombres con esta clase de instrucción en el trabajo mismo. Es cierto que tenemos un pequeño instituto de ganancia de almas en Chicago intentando combinar ambas cosas: la preparación práctica y la teórica, pero está teniendo problemas. Padre, yo debo ser honesto contigo (de todos modos, tú lo sabes tan bien como yo). Algunos entre nosotros están muy poco entusiasmados en cuanto a este instituto de ganancia de almas. El asunto es que tu Hijo nos ha dejado el tremendo ejemplo de dónde han de estar nuestras prioridades.

Debo terminar esta carta. Estoy pensando volver a escribirte nuevamente en el futuro. Pero antes debo añadir uno o dos pensamientos. Este plan de "Mil días de cosecha" tiene en su misma introducción un concepto muy importante: nuestra renovación espiritual como líderes. No puede haber conclusión de tu tarea, ni prioridades para la evangelización a menos que se produzca esta renovación espiritual. Tu Hijo prometió que el Espíritu Santo sería derramado en una forma especial sobre sus seguidores. Esto ocurrió al comienzo en la iglesia cristiana primitiva, y le dio un formidable impulso inicial. Los discípulos estaban tan imbuidos de amor por tu Hijo y por quienes El dio su vida que la influencia del Espíritu convirtió a miles mientras predicaban y oraban. ¡Qué regocijo debe haber inundado las cortes celestiales cuando tus seguidores, llenos del Espíritu Santo manifestaban tal amor los unos por los otros y por la humanidad perdida! Al ejecutar la voluntad de tu Hijo los discípulos trajeron al mundo los tesoros de una vida eterna. Tomaron literalmente la majestuosa comisión evangélica de ir al mundo con el Evangelio.

Tú has dado a esta iglesia la misma orden en la perspectiva del triple mensaje angélico. Hemos de predicar aquel mismo Evangelio a cada nación, tribu, lengua y pueblo. Esto significa que no habremos de esperar que la gente venga hacia nosotros, sino que hemos de ir a la gente con tu gloriosa verdad.

Padre, finalmente, no quiero dar la impresión de que pienso ser capaz de salir y dar al mundo el mensaje final del Evangelio separado de ti y del poder del Espíritu Santo. Ningún argumento, por lógico e irrefutable que parezca, podrá enternecer un corazón o atravesar la

cubierta de la mundanalidad y la rebelión. Sólo el Espíritu Santo puede dar elocuencia a nuestros labios para la salvación. Sólo un conocimiento vivificante de tu Hijo puede dar eficacia a nuestro testimonio. Cada palabra y acto ha de afirmar nuestra atención en el todopoderoso nombre de tu Hijo, Jesucristo. Sólo El posee ese poder vital mediante el cual los pecadores pueden ser salvos. Su nombre ha de ser nuestra consigna, nuestro distintivo, nuestro vínculo de unión, nuestra autoridad en el curso de nuestras acciones y el vigor de nuestro éxito. No podemos aceptar cosa alguna que no lleve su nombre.

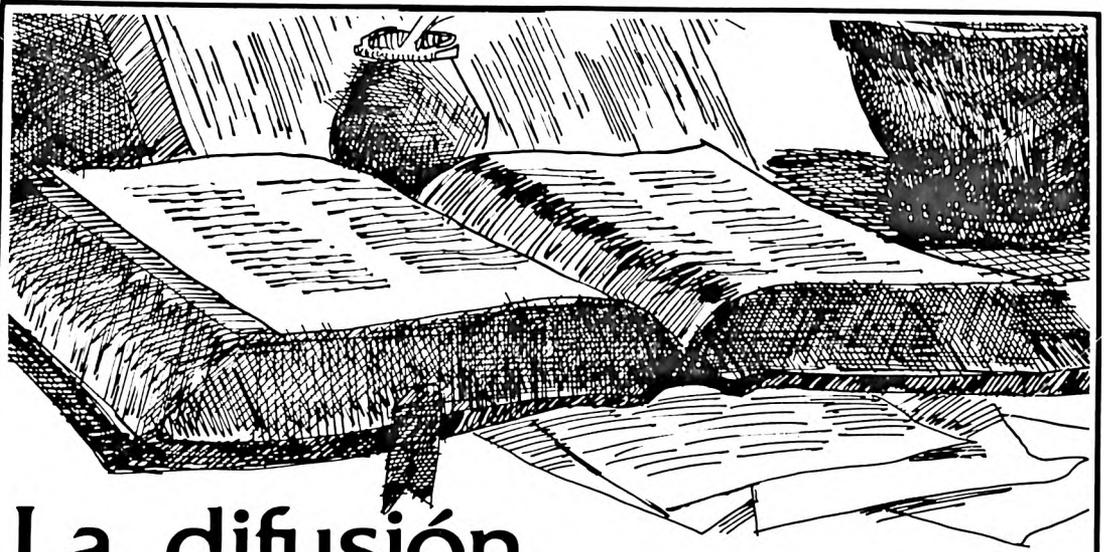
Sería a la vez dramático y maravilloso, si hoy pudiera suceder lo mismo que ocurrió con los discípulos cuando luego del Pentecostés determinaron hacer todo lo posible para confesar a tu Hijo con valor delante del mundo. Padre, ayúdanos, si puedes, a orar de la misma forma que ellos oraron durante el Pentecostés. Ayúdanos a mostrar el mismo intenso fervor y que estemos capacitados para encontrarnos con los hombres y tener la habilidad y sensibilidad para pronunciar palabras que los conduzcan a Cristo. Cuando leo acerca de esa experiencia temprana, mi corazón clama que tu Hijo nos prepare con una unción especial para hacer la obra de salvar almas. ¡Estamos tan atareados en detalles, planes, promociones, juntas, proyectos, reuniones de comisiones, que apenas hay tiempo para sentir una carga por la salvación de las almas! Además, muchos estamos gastando tanto tiempo en deportes, televisión, entretenimientos, recreación, o corriendo alrededor del mundo viendo esto y aquello, que no estamos realmente haciendo la obra que tú quieres que hagamos.

Tengo la esperanza de que nuestros "Mil días de cosecha" hagan algo por esta iglesia que nos ayude a centralizar el trabajo en aquello que tú, aparentemente, consideras de mayor importancia que ninguna otra cosa, la salvación de las almas.

Aprecio esta oportunidad de escribirte. Quiero agradecerte por toda la correspondencia que me has enviado a través de las Escrituras y las páginas del espíritu de profecía. Tan sólo puedo alabar tu nombre por tu bondad y tu poder, y decirte que espero que, junto con mis hermanos en el ministerio, pueda responder en una forma positiva a tu llamado de ir, buscar a los perdidos y traerlos de nuevo a tu rebaño.

Tu indigno y sumiso siervo,

Roberto Spangler



La difusión de la Biblia en los países de habla castellana

Víctor E. Ampuero Matta

PROMEDIABAN los años treinta cuando comenzó lo que ahora conocemos como el Movimiento Bíblico Católico. Según el sacerdote brasileño Guillermo Baraúna, esta nueva orientación tuvo su origen en las relaciones que trabaron sacerdotes católicos y pastores protestantes alemanes cuando compartieron los campos de concentración donde los recluyeron los nazis.¹ Debido a ese ambiente de intolerancia, el prelado alemán Mons. Dr. Juan Straubinger, uno de los propulsores del movimiento en favor de la divulgación de las Escrituras (conocido en alemán como *Bibelwerk*), tuvo que salir de su patria en 1938 para dirigirse a la Argentina en busca de libertad religiosa. Esta circunstancia permitió que la versión Straubinger se preparara y publicara en Sudamérica.

Aunque no conozcamos todas las raíces del Movimiento Bíblico Católico, hay un hecho que podemos comprobar fácilmente: es innegable que en los países donde predomina el catoli-

cismo —o por lo menos en buen número de ellos— ahora existe una atmósfera favorable para la difusión de la Biblia y su lectura pública y privada; algo muy diferente de lo que sucedía hace tres cuartos de siglo o más.

De acuerdo con la autorizada información que nos proporciona el sacerdote Baraúna, la nueva tendencia dio como una de sus primicias la preparación, en francés, de la Biblia de Mardesous,² la primera en editarse en ese idioma después de la Segunda Guerra Mundial. Esta traducción fue seguida por otras tres versiones importantes. Asimismo, ese expositor afirma que muchos de los círculos bíblicos católicos también reconocen su origen en la obligada convivencia de sacerdotes y pastores dentro de las alambradas de varios campos de concentración.³

En nuestro idioma, la nueva corriente ha provocado en las esferas católicas la preparación, traducción, impresión y distribución de varias nuevas versiones de la Biblia.

Enumeraremos las más conocidas. En 1944 apareció la primera edición de la Biblia de Nacar-Colunga. En 1947 se publicó la versión

Probablemente este haya sido el último artículo escrito por el pastor y Dr. Víctor Ampuero Matta, cuyo fallecimiento entrístetece a la iglesia y la priva de uno de sus siervos más capaces.

Bover-Cantera que, hasta que comenzó a circular la Biblia de Jerusalén, fue la única Biblia de estudio en nuestro idioma. Entre 1948 y 1951, se editó en la Argentina, en cuatro tomos, la versión del Dr. Straubinger, cuyas notas exegéticas –muy diferentes de las que usualmente podían encontrarse en Biblias de origen católico, despertaron una viva simpatía en muchísimos evangélicos e, indudablemente, determinaron que esas notas fueran suprimidas en ediciones posteriores. En 1964 comenzó a circular la traducción de la Biblia del escritorista español Serafín de Ausejo y colaboradores: meritorio esfuerzo por trasladar al lenguaje popular de España el texto de las Escrituras. También en 1964 se editó la versión de Evaristo Martín Nieto y colaboradores. Entre 1964 y 1967, la Editorial Códex puso en circulación, en forma de fascículo y con muchas y costosas ilustraciones, la versión presidida por el Dr. Alejandro Díez Macho, prestigioso escritorista español. En 1966, comenzó a difundirse un Nuevo Testamento, traducido por el poeta español José María Valverde y revisado por el erudito, también español, Luis Alfonso Schökel. En 1967 apareció en España otra traducción del Nuevo Testamento realizada por el sacerdote Carlos de Villapadierna. También en 1967 se publicó en España la primera edición de la Biblia de Jerusalén (dirigió el equipo de doce traductores José Angel Ubieta), cuyos valores y amplia influencia son apreciados por muchísimos lectores. En 1968 se editó en la madre patria un Nuevo Testamento llamado "ecuménico", por haber participado en su preparación eruditos católicos y protestantes presididos por Serafín de Ausejo. También en 1968 se publicó en la Argentina la primera edición de un Nuevo Testamento que lleva el nombre de *Libro de la Nueva Alianza*.⁴ Son responsables de esta traducción los presbíteros Levoratti, Perdía y Trusso, secundados por varios colaboradores. En 1971, sin nombre de traductor, comenzó a circular en España un Nuevo Testamento llamado Versión Moderna. También en 1971 se editó en España el Nuevo Testamento traducido por Felipe de Fuenterrabía. En 1972 se publicó en Chile la primera edición de la Biblia para Latinoamérica, cuya traducción y notas dependieron del sacerdote Ramón Ricciardi. En 1973 comenzó a circular el Nuevo Testamento de la Biblia de las Américas. En 1975 se publicó en España la Nueva Biblia Española. También en

1975, apareció en la madre patria la versión Cantera-Iglesias. En 1976 se editó la adaptación para Hispanoamérica de la Nueva Biblia Española, versión que es obra de los escrituristas Luis Alfonso Schökel y Juan Mateos, acompañados por doce colaboradores. En 1980 empezó a circular en la Argentina la Biblia titulada *El Libro del pueblo de Dios*, traducción de los escrituristas Levoratti y Trusso secundados por nueve colaboradores. También en 1980 se publicó *La Nueva Biblia para Latinoamérica* (quizá por error de impresión su título reza: "La Nueva Biblia Latinoamérica"), que es obra de los sacerdotes Ramón Ricciardi y Bernardo Hurault, además de un grupo de colaboradores que han preferido que no se divulguen sus nombres. Es la misma versión que vio la luz en 1972 –a cuyo título se le ha añadido el adjetivo "nueva"–, pero se le han suprimido algunas ilustraciones que, en su momento, provocaron gran revuelo en la Argentina y quizá en otros países hispanoamericanos.

No sería provechoso tratar de continuar con esta enumeración pues, además de ser incompleta, resultaría demasiado larga y deficiente, ya que, con relativa frecuencia, en nuestro idioma siguen publicándose nuevas versiones de las Escrituras, o del Nuevo Testamento, y a veces nuevas ediciones que implican revisiones considerables y ampliaciones.

Además de todas estas Biblias y estos Nuevos Testamentos, obra de autores católicos que, por lo tanto, responden a su ambiente y sus modalidades, en 1966 apareció el Nuevo Testamento de las Sociedades Bíblicas Unidas titulado *Dios llega al hombre*, del tipo de las versiones llamadas "populares". En 1979 se editó la Biblia completa en "versión popular" con el nombre de *Dios habla hoy*. Debe aclararse que el texto del Nuevo Testamento de esta Biblia no es el de *Dios llega al hombre*. Son parecidos por su estilo, pero están lejos de ser iguales. También en 1979 –para sorpresa y contrariedad de muchos evangélicos– ha comenzado a circular una edición de *Dios habla hoy* que contiene los siete libros tradicionalmente llamados "apócrifos" en el ambiente protestante. En esta edición, los libros controvertidos han sido colocados bajo el epígrafe de "deuterocanónicos" en una sección aparte entre los dos Testamentos, precedidos por una nota introductoria. Es necesario destacar que las Sociedades Bíblicas Unidas siguen publicando Bi-

blías sin "apócrifos", tal es su regla general. La edición en que están incluidos, en nuestro idioma, es una excepción. Se los ha publicado por pedido especial y en condiciones también especiales, largas de enumerar ahora.

Al margen de todo este material bíblico, han comenzado a editarse algunas paráfrasis de las Escrituras. Sin duda tienen buena intención quienes así proceden, pero es evidente que esas paráfrasis son peligrosas pues pueden provocar desviaciones pronunciadas –al distorsionar la exactitud– del mensaje divino que se pretende hacer llegar así a los lectores quizá menos versados. En castellano, una de esas ediciones es la de un Nuevo Testamento, impreso por la editorial española Logoi, que comenzó a difundirse en 1973 y es una adaptación de la *Living Bible* ("Biblia viviente"). Esta paráfrasis puede llevar algún buen mensaje a quienes nunca han leído la Palabra divina; pero sería injusto que ocupara el lugar que sólo corresponde a la límpida Escritura que Dios inspiró a los instrumentos humanos elegidos por él.

Otro tipo de publicaciones

Dentro del ambiente católico, esta nueva tendencia ha hecho posible la preparación y publicación, en 1963, de la Enciclopedia Bíblica de Ediciones Garriga, de Barcelona. Su dirección técnica estuvo a cargo del escriturista español Alejandro Díez Macho, asociado con Sebastián Bartina. Esta obra, en seis tomos, es fruto de la colaboración de 289 autores; entre ellos el Dr. Sigfried H. Horn, profesor adventista, erudito en arqueología y en lenguas bíblicas.

También es digno de mención el *Diccionario de la Biblia*, de Serafín de Ausejo, cuya primera edición fue publicada en 1963 por Herder S. A., de Barcelona.

En nuestro idioma, actualmente hay dos obras de origen católico que son a manera de comentarios bíblicos. La primera tiene por título: *Biblia comentada Profesores de Salamanca*, cuyo texto es el de la versión Nácar-Colunga. Son once tomos de formato pequeño, publicados por la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC) de Madrid. Los autores de los comentarios son especialistas que gozan de gran prestigio en los círculos católicos españoles. Su primera edición se publicó entre 1960 y 1965.

La segunda se titula *La Sagrada Escritura, texto y comentario por profesores de la Compañía de Jesús*; son nueve tomos, de formato pequeño, editados por la BAC, de Madrid, bajo la dirección de los sacerdotes Rafael Criado (el Antiguo Testamento) y Juan Leal (el Nuevo Testamento). Su primera edición comenzó a publicarse en 1961 y terminó en 1971.

Otra obra que muestra la importancia que ahora se quiere dar a la enseñanza de la religión mediante la Biblia en los ambientes católicos, es el libro publicado en 1976 por la Editorial Mundo Hispano con el título de *La Biblia al día, Santa Biblia en paráfrasis*. Su autor es Benjamín Martín Sánchez. Como lo expresa el mismo Sánchez, no se trata de toda la Sagrada Escritura, sino de una "antología de la Biblia" una "Biblia comprendida", una "síntesis vital de la Palabra de la sabiduría". Claro está que este "compendio" ha sido hecho con un criterio netamente católico.

En lo que atañe al sector evangélico, debemos mencionar la *Biblia de estudio*, publicada en 1977 también por la Editorial Mundo Hispano. Tiene todo el texto de la RVR con la añadidura de artículos introductorios que tratan de temas escriturísticos; hay en esta obra numerosas notas explicativas y proemios que acompañan a los 66 libros canónicos.

Motivos y razones

Los autores de las versiones enumeradas y del material que las acompaña, así como de las obras de temas bíblicos, han demostrado una jerarquía intelectual que, en ocasiones, es respetable. Además está presente en común denominador: el deseo de difundir y poner al alcance de los lectores las verdades bíblicas de acuerdo con el concepto que tienen de ellas quienes han preparado las traducciones y las explicaciones.

La razón principal –o por lo menos la que más se ha divulgado– muchas veces ha sido la de emplear un lenguaje bien comprensible para el público en general; y no sólo comprensible sino también familiar. Por ejemplo, en la Nueva Biblia Española, Edición Latinoamericana, los escrituristas Luis Alfonso Schökel y Juan Mateos, en un proemio titulado "Presentación", dicen lo siguiente: "El lector hispanoamericano no tendrá que aprender un 'castellano bíblico' para leer y estudiar esta Biblia, sino que la leerá en el castellano real, vivo, de nuestros días,

adaptado en cada caso al nivel estilístico del original: épico, narrativo, coloquial, retórico, poético, sentencioso, didáctico... Porque la Biblia es una colección de obras, múltiple en géneros y estilos, aunque unitaria en el mensaje". El empleo del pronombre "ustedes" (a la manera hispanoamericana) y las formas verbales que lo acompañan, en vez de "vosotros" y sus naturales inflexiones verbales (a la manera española) ha sido quizás el principal recurso empleado en esta Biblia para facilitar su lectura y comprensión.

Tal vez con este fin –el de hacer que el texto se entienda con más facilidad– se lee en esta versión: "Un domingo me arrebató el Espíritu" (Apoc. 1: 10); "los domingos pongan aparte" (1 Cor. 16: 2); "el domingo nos reunimos" (Hech. 20: 7). En realidad, en estos pasajes, el texto griego dice: "Un día del Señor"; "cada primer día de la semana"; "el primer día de la semana". Nuestra palabra "domingo" –de origen latino y con su significado de "señorial"– es completamente ajena al lenguaje de los autores del Nuevo Testamento; para ellos, las 24 horas de ese día eran sólo las del primer día de la semana, sin ningún significado de preeminencia especial.

La Biblia denominada Para Latinoamérica parece haber tenido como uno de sus principales propósitos –mediante sus notas explicativas de diversos pasajes bíblicos– la difusión de ideas capaces de provocar un cambio violento y drástico de las estructuras sociales de los países latinoamericanos a fin de usufructuar los recursos naturales en una forma más colectiva. En 1976, estas notas provocaron la reacción de un obispo argentino que acusó de "comunista" a esa versión de la Biblia. Después de extensas deliberaciones, el episcopado argentino llegó a la conclusión de que el texto de la Biblia para Latinoamérica es aceptable pero no sus notas e ilustraciones, por lo cual se prohibió su circulación. En la Nueva Biblia para Latinoamérica (1980) se ha tratado de atenuar esa impresión adversa, pero siempre dentro de la misma tendencia de la primera edición (1972) y otras posteriores.

En cambio, en el Nuevo Testamento llamado "Versión Moderna", de 1971, se lee en el prólogo: "Ten este Libro como uno de los objetos más entrañables de tu hogar. Pero no lo tengas como un adorno más. Este Libro es para verlo por dentro, no por fuera". Hay un marcado contraste entre la difusión de ideas –valiéndose de las Escrituras– de subido color político

(cualquiera fuera su tendencia), y una exhortación a la piedad y a la comunión con Dios a las que se puede llegar mediante la bendita influencia de las páginas sagradas.

Sería larguísima la tarea de seguir analizando los posibles propósitos que han impulsado, en las últimas décadas, la preparación de tantas nuevas versiones castellanas de la Biblia completa o del Nuevo Testamento. Baste mencionar, a manera de ejemplo de absoluto desinterés material, que la primera edición, en 1965, de un millón de ejemplares del Nuevo Testamento Ecuménico fue costeadada íntegramente para su distribución gratuita en Hispanoamérica por la comunidad de Taizé (integrada por religiosos protestantes franceses que practican una forma de vida comunitaria). Por eso, a manera de prefacio, en ese volumen se lee: "La Comunidad de Taizé desearía que quien reciba el obsequio de este ejemplar difunda su mensaje, dando a conocer a otros la Palabra de Dios. En términos más concretos: los donantes piden que cada beneficiario lo lea a otras diez personas que no saben leer".

En cambio –fuera del ámbito de las Sociedades Bíblicas Unidas que jamás persiguen ningún afán de lucro– ha habido otros casos en los cuales se han vendido centenares de miles (o quizá más de un millón) de ejemplares del Nuevo Testamento, o de toda la Biblia, con una abultada ganancia monetaria (por lo menos, en apariencia).

Sea el Señor quien juzgue los móviles de cada uno. Nosotros –que "vemos por espejo, oscuramente"– sólo podemos apreciar hechos y factores externos. En este amplio panorama de divulgación de verdades bíblicas, y particularmente del Nuevo Testamento (aunque a veces esas verdades sean algo fragmentarias o nos parezcan, quizás, un tanto desfiguradas), ojalá se apliquen las palabras de Pablo: "Los unos anuncian a Cristo por contención... pero los otros por amor... ¿Qué, pues? Que no obstante de todas maneras, o por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado; y en esto me gozo y me gozaré aún" (Fil. 1: 16-18). ■

¹ Juan Flors, ed. *La iglesia del Vaticano II*, Barcelona 1966, pág. 127. ² Mardesous es un monasterio de la orden de San Benito y la Congregación Beuronense, en el obispado de Namur, Bélgica. Fue construido entre 1873 y 1876, y se ha caracterizado por la erudición de las producciones de índole religiosa fruto de los monjes benedictinos y beuronenses que allí moran. ³ *Op. cit.*, pág. 128. ⁴ En nuestro idioma, los autores católicos prefieren usar la palabra "alianza" cuando los protestantes usarían el término "testamento", o "pacto" en otras ocasiones.

El ministerio profético

Elbio Pereyra

ES UN hecho curioso que en los días de Israel, aun cuando un profeta fuese ampliamente rechazado por el pueblo, éste acostumbraba a escuchar su proclama "así dice el Señor" cualquiera fuese (ya sea oral o escrita). No siempre aceptaron o actuaron de acuerdo con el mensaje profético, pero sí lo escuchaban de buen grado porque creían que Dios estaba comunicándose con ellos mediante las palabras del profeta. El oficio y el ministerio de un profeta genuino implicaban autoridad y demandaban atención.

Pero para ser un verdadero profeta, el individuo necesitaba mucho más que una simple confianza en que Dios lo había llamado. Lo revelaba, no sólo su proclama del mensaje de Dios, sino cada actividad de su vida diaria, como instrumento de Dios. Lo mismo es aplicable hoy al predicador de la Palabra de Dios. Porque hay un sentido en el cual el ministro evangélico contemporáneo puede tener un ministerio profético, el mismo llamamiento que caracterizó a los profetas bíblicos, especialmente aquellos que fueron reformadores.

Seguidamente señalamos algunas de las características de un profeta verdadero que hacían su ministerio más eficiente, captaban la atención e irradiaban autoridad, lo cual si es adecuadamente incorporado a nuestro ministerio, puede hacer una obra similar con nosotros.

Agente del Espíritu Santo

Se creía comúnmente en los tiempos bíblicos que ninguno –ni aún el mismo agente– tenía derecho o autoridad de oponerse al mensaje de aquel sobre el cual el Espíritu Santo "descendía" o "era derramado". Jonás, por ejemplo, "escapó del Señor", sin embargo eventualmente cumplió su misión. Cuando

Elbio Pereyra es secretario asociado del Ellen G. White Estate, Washington, D.C.

Hay un sentido en el cual el ministro evangélico contemporáneo puede tener un ministerio profético, el mismo llamamiento que caracterizó a los profetas bíblicos.

Eliás, siguiendo sus propios impulsos, huía de Jezabel, parecía que también huía del Señor, pero el ángel de Dios le dio alcance. Igualmente, Jeremías resolvió despojarse del manto profético, pero no pudo, porque la Palabra del Señor era como “un fuego ardiente metido en mis huesos” (Jer. 20: 9). Igualmente Pablo clamó: “¡Ay de mí si no anunciare el Evangelio!” Así vemos que cuando el Espíritu de Dios toma posesión de un profeta, su mensaje fluye en una corriente incontenible, prescindiendo de los deseos personales del mismo profeta o de la persona a quien su mensaje se dirige.

Reformador lleno del Espíritu Santo

El profeta-reformador intentó detener tanto los abusos políticos como religiosos del pueblo y sus líderes. Bajo la guía de una conciencia iluminada, deliberadamente ignoró costumbres y tradiciones cuando esto llegó a ser necesario con el propósito de obedecer al Autor de su mensaje y de su llamado.

El profeta era intransigente; no un conformista. Insistía en la reforma mientras la voluntad de su Señor le era definida. El sentido de la conducción divina le impartía confianza. En él no había ni titubeos ni vacilaciones. Y estas características generalmente eran reconocidas por el pueblo como una prueba del llamamiento divino.

Para algunos, el profeta podría dar la impresión de ser un individualista centrado en sí mismo, pero detrás de las apariencias había circunstancias que requerían de él que estuviese solo de parte de la justicia cuando fuese necesario. Era un individualista dedicado a Dios, encendido con un fuego interior inflamado por el Espíritu Santo. Sentía el impulso de predicar el mensaje de Dios en la calle, en el mercado, en reuniones públicas o a individuos a los cuales era enviado. Sólo haciendo así podía encontrar paz y sentir que había cumplido su misión. Y sólo entonces callaba su proclama y volvía silenciosamente a su hogar.

Llamado por Dios

La obra del profeta bíblico no era heredada, como lo era el sacerdocio aarónico. No había “una casta profética”, comparable con la casta sacerdotal que existía en los días de Israel. Tampoco existe hoy tal cosa como una casta pastoral, ministerial, o de predicadores. Puede ser un honor para el hijo de un ministro seguir en las huellas de su padre, pero no está obligado a hacerlo. Cuando Whitefield fue ridiculizado porque no estaba en la “sucesión apostólica”, replicó: “Mi poderosa ordenación viene de la mano horadada del Señor”. Se ha dicho de Jesucristo que Él fue hecho ministro, y Pablo declara que él fue colocado en el ministerio por la voluntad de Dios. (Véase Heb. 8: 2; Rom. 15: 8; Hech. 26: 16; Efe. 3: 7; Col. 1: 23, 25.) Esta distinción parece haber sido ignorada por algunos ministros cristianos. Se “han hecho a sí mismos ministros” por largos años de estudio y por poner en esto todo su esfuerzo. Pero descuidaron el hecho de que no pueden ser hechos ministros por ningún otro sino por Dios mismo.

¿Podemos decir con humildad, con confianza y sin presunción, que en verdad hemos sido llamados y hechos ministros? Debemos definir este asunto, porque nuestro tiempo reclama ministros y predicadores forjados por Dios y no por el hombre, así como lo fueron los profetas de antaño. Tom Skinner, en su libro *Words of Revolution*, dice que uno de los aspectos más desafortunados en cuanto a la religión de este siglo es que tenemos muchos líderes religiosos que nunca han sido verdaderamente llamados por Dios (pág. 255).

Incondicionalmente en las manos de Dios

El verdadero profeta era portavoz de Dios. Ni los intereses públicos ni personales lo detenían en su misión. Si aquel a quien su mensaje estaba dirigido no estaba en armonía con la voluntad de Dios (fuese el sumo sacerdote o un maestro del pueblo), no influía en lo más mínimo sobre el siervo de Dios. El ser entero del profeta estaba sujeto a Dios y a su

causa. Era portador de una revelación que aunque fuese mal comprendida, era a veces menospreciada por hombres educados e inteligentes que carecían de una conciencia iluminada. Como reformador, la función del profeta habría de alterar el curso normal de las cosas y encauzarlas por canales por los cuales Dios quería hacerlas fluir.

El profeta era un devoto seguidor de Dios y de su ley. Para él la causa de Dios era soberana y hacía de él un siervo, no sólo de Dios, sino del pueblo del pacto divino. Este sentido de la responsabilidad divina con frecuencia resultaba en persecución, amenaza de muerte o pérdida de la vida. Era un constante centinela de Dios, un mayordomo insobornable de aquello que se le había confiado. Fundamentado en la ley de Dios, en la justicia, en la equidad y en la verdad, rehusaba diluir su mensaje con ambigüedades, formalismo, alabanza, compromiso, premios o regalos.

La conciencia de estar incondicionalmente en las manos de Dios lo hacía valiente, arrojado y aún temerario. Verdaderamente, su llamamiento reclamaba esta clase de equilibrio y dirección porque Dios mismo es así, pues el profeta representaba a Dios por sus actos y por sus actitudes. El no complacía a reyes ni príncipes.

Nunca explotaba al pueblo ni empleaba demagogia, porque no buscaba ni necesitaba votos para retener su oficio. El recibía de Dios todo lo que necesitaba. A veces estaba solo, como Elías, y generalmente era una minoría la que recibía su mensaje y renovaba su lealtad a Dios. Ser profeta rara vez era popular, porque el profeta era llamado para hablar claramente. No era un hombre buscado con avidez ni aun en los círculos de la iglesia.

Las crisis parecían atraerlo como imán al acero. El mensaje de Dios le causaba impaciencia y una santa insatisfacción. A veces, cuando su misión cruzaba las sendas de líderes errados, provocaba conflictos. Otras veces se lanzaba tempestuosamente a las situaciones con una exhortación enérgica en sus labios o

alguna buena nueva que infundía esperanza. Pero siempre era leal a Dios, a la justicia, a la verdad, y a la causa del inocente.

Frugal, austero y modesto

Si bien el profeta no pertenecía generalmente a la esfera sacerdotal, en algunos se combinaron los oficios de sacerdote y profeta como en los casos de Jeremías y Ezequiel. Mientras que los sacerdotes solían ser tradicionalistas, los profetas eran más bien activistas. Los sacerdotes eran formalistas, atados a la monotonía ceremonial; los profetas eran innovadores que llamaban al pueblo a salir del *statu quo*. Aquéllos eran identificados por su vestimenta, éstos por su atavío parecían más bien reprochar la riqueza y la comodidad.

La llave

El ministerio evangélico necesita hoy del espíritu, la dirección, el estilo, la forma y el contenido característico de los profetas reformadores del pasado. El ministerio de estos reformadores y sus características distintivas se asemejan a aquellas del profeta de quien Moisés dijo que se levantaría y sería semejante a él —Jesucristo, nuestro divino Señor. Fue “el Espíritu de Cristo que estaba en ellos” el que hizo posible estos hombres del ministerio profético reprodujeran a Aquel a quien ellos representaban, el Profeta de los profetas.

Si como predicadores permitimos que este espíritu trabaje en nosotros, habremos de manifestar al Salvador en nuestro ministerio. La hora en la que la iglesia de Dios vive actualmente reclama que demos primera prioridad a la posesión de las características de un ministerio profético. La habilitación divina para que lo logremos, si es que las condiciones están dadas en nosotros, no será demorada.

Sólo cuando los ministros manifiesten estas características del ministerio profético la iglesia podrá revelar la gloria de Dios que habrá de iluminar a toda la tierra. ■



¡Sé amiga de la esposa de tu pastor! Este amoroso consejo vino de la esposa de un anciano de una iglesia local que hablaba en un círculo de damas donde se encontraban otras esposas de ancianos como ella. "A veces ser la esposa de tu pastor es muy solitario", continuó, "porque a menudo sentirá que debe relacionarse con todos los miembros de iglesia de la misma forma, sin formar ninguna amistad especial con alguna familia en particular. Y por la relación del pastor con los ancianos de iglesia, tú, como esposa de anciano, puedes ser una gran ayuda y bendición para la esposa del pastor, tanto espiritual como socialmente".

Un grupo de damas que habían sido esposas de ancianos por años, habían sido llamadas a reunirse y expresar sus ideas en cuanto a su papel, en un esfuerzo por ayudar y alentar a las damas que eran nuevas como esposas de ancianos, especialmente las más jóvenes.

Cada esposa, sin excepciones, destacó la idea de que una relación con Cristo era el requisito básico para cumplir la función de esposa de anciano con éxito. La familia del anciano se considera como conductora espiritual de la iglesia, y esto llega a ser una realidad sólo si se dedica tiempo para orar y estudiar tanto en forma individual como en familia. Nuestras iglesias están en buenas manos cuando las esposas de los ancianos ven su necesidad y buscan diaria fortaleza espiritual del Señor, para ayudarlos en el cumplimiento de la sagrada responsabilidad colocada sobre ellas

Sé una

Enrique
Las esposas de los ancianos pastores, necesitan ser alentadas. La única entre ellas provee una gran bendición y un

¡Cuán agradecidas hemos de estar por nuestros ancianos dedicados y sus familias! Sin ellas, nuestras iglesias tendrían dificultad para progresar.

El cariñoso deseo de ser una amiga de la esposa de su pastor, expresado por esta esposa de anciano, me hizo preguntarme si nosotras, como esposas de pastor, estábamos no sólo permitiendo sino alentando que tal relación existiera. Las esposas de ancianos así como las de pastor, necesitan aliento y fortaleza, ¿y no es ésta una maravillosa oportunidad para que la esposa del pastor y la del anciano sean de beneficio y bendición mutuos? Me pregunté además si no es que algunas esposas de ancianos están vacilando en sus funciones porque no saben qué se espera de ellas, sin darse cuenta de la tremenda oportunidad, así como responsabilidad, que descansa sobre sus hombros. ¿Y qué decir de las más jóvenes cuyos esposos han llegado a ser ancianos? ¿Cómo y dónde deben comenzar? Tú, como esposa de pastor, puedes ser una fuente de guía y de aliento.

Enriqueta L. Caballero es la esposa del presidente de una de las Asociaciones de los Adventistas del Séptimo Día.



amiga

eta L. Caballero

**de iglesia, así como las de los
as y fortalecidas. Esa relación
maravillosa oportunidad de ser
beneficio mutuo.**

El papel de la esposa de anciano, como se describe en las siguientes observaciones hechas por esposas de ancianos, puede ser de ayuda para ti, para hacerte amiga de las esposas de ancianos en tu iglesia y recibir y aceptar la amistad de ellas.

1. Mantén una relación personal estrecha con el Señor. Nada puede sustituir a esta experiencia.

2. Manifiesta amor por cada miembro de iglesia, por cada visitante, por cada uno de los miembros de tu comunidad. Esto es posible sólo cuando cada individuo es visto a través de los compasivos ojos del Señor.

3. Mantén una actitud positiva hacia cada fase de los programas eclesiásticos. Esto es vital porque el liderazgo es más efectivo cuando se lo manifiesta por la actitud y el ejemplo.

4. Sé un apoyo para el pastor y para su esposa. Si alguna cosa necesita una observación, vé a ellos en forma privada.

5. Participa activamente (esto no siempre significa necesariamente que dirijas) en actividades generales de la iglesia como las

reuniones de oración, los servicios sociales comunitarios, "lluvias" para recién casados y bebés recién nacidos, recolección, y otro tipo de programas de testimonio.

6. Visita, visita, ¡visita! Esto incluye a los miembros de la iglesia en general, los que están teniendo problemas, los negligentes en la asistencia regular, los enfermos o confinados en asilos, los recién bautizados o los que recién han llegado a la zona.

7. Saluda a los visitantes de la iglesia en la forma más amistosa posible; búscalos y haz que se sientan tan bienvenidos que se sientan "obligados" a volver.

8. Abre tu casa para que almuerce contigo "el extranjero que está en medio de ti", quizás una familia que esté necesitando atención especial, o también el orador visitante.

9. Recorta ideas para sermón, poemas, historias, etc., para tu esposo si es que él tiene el compromiso de dar algún discurso (una gran cantidad de ancianos lo tienen), y sé su crítica gentil y cariñosa *sólo* si es necesario.

10. Sé un testimonio y ejemplo de refinamiento tanto en tus modales como en tu vestido (esto incluye a toda la familia).

En fin, debes estar alerta y dispuesta para hacer lo que sea necesario, sea esto limpiar la iglesia como presentar la lectura del Misionero Mundial, o hacer una oración por el enfermo. La acción es sólo una consecuencia de la disposición, y la disposición es una consecuencia de la completa entrega a Cristo, cualquiera sea la orden que de El recibimos.

¡Sé una amiga para las esposas de los ancianos de tu iglesia! ¡Ellas serán tus amigas!

“Asombrosa y maravillosamente he sido formado...”

Dra. Irma B. de Vyhmeister

PERFECTO en sus detalles anatómicos y funcionales, surgió de las manos del Creador el hombre, la obra culminante de la creación. Dios escogió el polvo de la tierra como base para esculpir el cuerpo humano, y luego el soplo de vida de Dios convirtió a ese cuerpo en ser viviente.¹

Al considerar el misterio de la creación humana el salmista exclama: “Asombrosa y maravillosamente he sido formado. . . y mi alma lo conoce mucho”.² La sencilla explicación bíblica contrasta con la complejidad de la sabiduría encerrada en el cuerpo humano. Dios mismo escribió su ley en cada nervio, músculo y órgano. Y el arcano de la vida la mente del hombre no puede penetrar.

Nos asombra la perfección del mecanismo de la visión o la audición. Nos sorprende el desdoble de los alimentos en sustancias absorbibles que luego penetran al torrente sanguíneo para alimentar las células. Nos admira el trabajo del sistema nervioso que nos permite la comunicación con los demás, con nuestro Creador y con nuestros propios sentidos.

Y Dios se compromete a mantener esta máquina maravillosa funcionando adecuadamente, con una condición: “que el agente humano quiera obedecer las leyes de Dios y cooperar con él”.³

En una visión de 45 minutos –la primera de varias–, Elena G. de White recibió en 1863 las

pautas de la filosofía del sano vivir para la iglesia. Esta visión involucra no sólo la salud física sino también la salud mental y espiritual, la alimentación y su papel en la salud, y los remedios naturales que son la base de la medicina preventiva.⁴

Como el Israel de antaño, la Iglesia Adventista sería un testigo a las naciones de la eficacia del amor y del cuidado de Dios, al seguir un estilo de vida consecuente.

Estas instrucciones tuvieron un impacto asombroso en la vida y la salud del pueblo adventista. Por lo tanto, las razones por las cuales seguimos esa reforma de la salud deben alcanzar a todas las bases de nuestra vida. Estudiemos algunas de estas razones:

1. El pueblo adventista debería tener una definición de lo que es salud, que fuese amplia y comprensible.

La salud no sólo significa un cuerpo sano sin los síntomas de enfermedad sino el bienestar completo del hombre en sus fases física, mental, social y espiritual. Esta definición coincide con el concepto expresado por la Organización Mundial de la Salud,⁵ y serviría para delinear la relación del hombre consigo mismo (físico y mental), con sus semejantes, con quienes trabaja, vive y se asocia (social) y con su Dios (espiritual). La filosofía humana tiene diferentes conceptos para definir alma y espíritu. Nuestra connotación es bíblica.

2. El pueblo adventista debería tener un amplio conocimiento de la naturaleza del hombre.

Del polvo de la tierra, estructurado por la mano de Dios, emerge el cuerpo humano. El

La Dra. Irma de Vyhmeister, de nacionalidad chilena, fue profesora en la Escuela de Salud de Loma Linda University y actualmente está en el Departamento de Salud de la Asociación General.

soplo de vida divino alentado en su nariz lo convierte en ser viviente. Su origen es terrenal y divino al mismo tiempo.

Pablo dice que "nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo".⁶ Este nuevo concepto implica que nuestro cuerpo es sagrado, que no se debe contaminar ni destruir, y se le debe respeto y cuidado especial.

Además, agrega que este cuerpo no es nuestro y lo tenemos sólo por los cortos años que peregrinamos en esta tierra. Fuimos "comprados por precio"⁷ y somos propiedad de Dios. Al morir, el espíritu vuelve a Dios, quien lo dio, y el cuerpo vuelve a la tierra de la cual fue tomado.⁸

Es por esto que la enseñanza para el pueblo adventista considera especialmente el abstenerse de todo lo que pueda dañar al hombre. Y esta enseñanza debe compartirse con los demás. Dios desea que tengamos salud. Al comprender la verdadera naturaleza del ser humano como templo y como posesión de Dios, el hombre no tratará de destruir lo que no es suyo.

3. Comprender la relación del hombre consigo mismo.

"Nuestro primer deber hacia Dios y nuestros semejantes es el desarrollo individual".⁹ Este desarrollo armonioso implica todas las facultades que le han sido dadas. El desarrollo de la mente y del cuerpo, y también el convivir con los demás, forman parte del cuadro de la salud.

La formación de buenos hábitos de salud a edad temprana dará dividendos en todas las edades. Si se siguen pautas consecuentes, la salud "será un tesoro y de todas las posesiones terrenales la más preciosa".¹⁰

Vivimos sólo una vez en esta tierra. Por lo tanto, la oportunidad de crecimiento y desarrollo diario está en nuestras manos.

4. Comprender la relación del hombre con sus semejantes.

La Iglesia Adventista recibió el cometido de llevar adelante el Evangelio de salvación. Le fue dada una filosofía del sano vivir. Sanar el cuerpo, la mente y el espíritu, es la consigna bajo la cual el pueblo adventista comparte sus bendiciones. Se han edificado clínicas, sanatorios y hospitales para la recuperación de la salud. Pero cada iglesia debe tener un programa de salud para facilitar la enseñanza de estos principios.

El ministerio de salud es un campo abierto para todos los miembros, las visitas, los amigos

y los simpatizantes, todos los que integran la comunidad que rodea a la iglesia.

Hoy la Iglesia Adventista es testigo a la comunidad local y mundial para mostrar la eficacia de la filosofía del sano vivir. Se ha determinado que los adventistas tienen menor riesgo de enfermedades agudas y crónicas, y menos morbilidad, después de más de cien años de practicar la reforma prosalud como pueblo.¹¹

5. Comprender la relación del hombre con Dios.

Hechos por su mano, comprados por precio, los seres humanos somos coherederos con Cristo e hijos de Dios. El es nuestro Padre y vivimos en su esfera como en una gran familia. A veces el padre educa a sus hijos en forma dolorosa. Pero el corazón carnal transformado del hijo reflejará la tolerancia, el amor, la abnegación personal y la comprensión para los demás del Padre. Dios nos insta a abrir nuestro corazón a El como a un padre. Nuestra lealtad y amor hacia Dios se reflejan en nuestras acciones diarias.

6. Efectuar la preparación para la vida presente y para la vida del más allá.

Asidos de la mano de Dios, avanzamos paso a paso en nuestra vida. Los conflictos, sean sociales, mentales o espirituales, se resuelven a los pies de Jesús. Individualmente y como parte del pueblo escogido, avanzamos hacia nuestro destino celestial, forjando nuestro carácter, que será lo único que llevaremos al cielo.

Las huellas que dejamos en la tierra dan a conocer la eficacia de la ley moral y física que nos guía a través de conflictos y tentaciones para salir vencedores. Por esto Dios legó a su pueblo una filosofía para vivir una vida más feliz, sana y abundante.

"Asombrosa y maravillosamente he sido formado", declaró el salmista. Cada miembro de la iglesia debe comprender esto. Sólo con salud de cuerpo, alma y espíritu podrá la iglesia cumplir el sagrado cometido que le fue dado y terminar su misión evangélica. ■

¹ Gén. 2:7. ² Sal. 139:14 (Versión Moderna). ³ *Consejos sobre el Régimen Alimenticio*; pág. 17. ⁴ *Ibid.* pág. 577. ⁵ "Constitution of the World Organization", *Journal of the American Dietetic Association*, vol. 23: 85, febrero de 1947. ⁶ 1 Cor. 6: 19. ⁷ vers. 20. ⁸ Ecl. 12: 7. ⁹ *Consejos sobre el Régimen Alimenticio*, pág. 17. ¹⁰ *Ibid.* pág. 21. ¹¹ *Adventist Health Study*, Loma Linda University, Loma Linda, California. ¹² Ecl. 12: 7.

El ministerio compartido

Harry Spaeth

LA MAYORIA de los miembros está muy poco involucrada en la vida y el ministerio de la iglesia. Este hecho es ilustrado por la regla que tienen los arquitectos, basados en su experiencia, por la que sugieren a las congregaciones que construyan sus templos para acomodar a un tercio de su feligresía.* La iglesia necesita enfrentarse con resolución a la tarea de nutrir y desarrollar a sus propios miembros. Esta penosa confesión se impone a la iglesia por la experiencia y por las frías estadísticas. Porque aunque su más preciada posesión –los miembros– debieran ser una fuerza lista para ayudarla a cumplir su ministerio, ¡la mayoría parece sin embargo ser una parte del campo que ha de ser cosechado! La iglesia debe llegar a ser más un movimiento del pueblo. Los ministros, por sí solos, no pueden cumplir su ministerio.

Efesios 4 habla de este concepto de ministerio. Leyéndolo, uno siente que los versículos 4-6 forman el vientre de un embrión que se desarrolla a medida que el pasaje continúa, es decir, el ministerio único y unido de la iglesia. "Cada uno de nosotros" (vers. 7) ha recibido algo; y esto incluye a todos "los santos" a quienes dirige la carta (Efe. 1: 1), así como también a sus líderes. Los oficios específicos y paralelos con los de las otras enumeraciones de dones específicos que se encuentran en 1 Corintios 12: 4-11, 28-31 y Romanos 12: 3-8.

* El autor se refiere a un hecho que obedece a la realidad del país donde él cumple su ministerio (N. de la R.).

El Nuevo Testamento dice que todos los creyentes tienen dones que varían en el grado de su plenitud. (Véase 1 Cor. 7: 7; 1 Ped. 4: 10, 11.) En la creación y en la iglesia Dios ha sido generoso en lo que da, y espera que lo que El da sea usado mediante una adecuada mayordomía, incluyendo los dones dados a cada siervo/creyente en Cristo.

Al dar, Dios invistió a la iglesia de liderazgo para ayudar a prepararla con liderazgo que ayudase a su vez a preparar a la iglesia para el ministerio. Según se desprende de Efesios 4: 12, Dios al dar apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros lo hizo con el triple propósito de: 1) perfeccionar a los santos; 2) la obra del ministerio y 3) para la edificación del cuerpo de Cristo. El significado de esto es que todos los creyentes son parte del ministerio. La congregación toda tiene la responsabilidad de cumplir el ministerio eclesiástico, ayudada y equipada por los líderes.

La respuesta a la pregunta "¿A quién corresponde el ministerio cristiano?" no es a los "apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros". La respuesta es, "a todo aquel que cree en Jesucristo". El ministerio pertenece al pueblo de Dios. El ministerio pastoral no es la totalidad del ministerio de la iglesia, sino sólo una parte de ese ministerio.

¿Qué es el ministerio cristiano? La última frase en Efesios 4: 12 indica cuál es el propósito último por el cual Dios invistió a la iglesia con dones y para el cual los santos han de ser

preparados para el servicio: "para la edificación del cuerpo de Cristo". Los versículos 13-16 describen algo de lo que está comprendido en este proceso de edificación, y las palabras finales de estos versículos hablan de un crecimiento "en todo" (vers. 15), y que "cada miembro" (vers. 16) lleva a cabo su función.

La mayoría de los dones u oficios mencionados en este pasaje se relacionan primariamente con el ministerio interno de la iglesia. La referencia a "evangelistas", sin embargo, destaca el ministerio externo de la iglesia hacia los inconversos, para los cuales todos los santos son "testigos". (Véase Hech. 1: 8; Mat. 28; 18-20; 2 Cor. 2: 14-17; 3: 2, 3; 1 Ped. 3: 15.)

En 2 Corintios 5: 17-21, cada nuevo creyente en Cristo tiene un ministerio, el ministerio de la reconciliación. A todo aquel que ha sido reconciliado con Dios se le comisiona este ministerio. La iglesia ha de apelar a los hombres y las mujeres para que se vuelvan de sus pecados, de todo aquello que los aleja de Dios y de los otros seres humanos. Este ministerio tiene varias dimensiones: es divino y humano, es personal y social, es interno y externo, es cualitativo y cuantitativo; pero todo es "edificación del cuerpo".

Al reunirse para el ministerio de su vida interna, los creyentes vienen para ser ministrados, y también —cosa que a veces se olvida— para ministrarse los unos a los otros. Al extender su ministerio hacia el exterior, ministran más allá del círculo de la fe. Estas dos orientaciones nos describen el flujo y el reflujo del ministerio fundamental que Dios ha dado tanto al pastor como al pueblo, un ministerio en el cual cada uno tiene alguna responsabilidad en ambas direcciones. Juntas forman el ministerio que comparten todos los creyentes, del cual todo otro ministerio depende, la edificación del cuerpo de Cristo por medio del ministerio de reconciliación que le fuera confiado. Todo fluye de la expresión y cumplimiento de este ministerio esencial y lo alimenta.

Es la teología de la rueda de carreta. Cuando los rayos de la rueda se acercan al eje, también se unen los unos a los otros. Como los rayos de la rueda, cuando el pueblo de Dios se une en amor y obediencia a El, el centro de sus vidas, llegan a estar más cerca los unos de los otros. Del mismo modo, cuanto más cerca estén en amor y ministerio los unos por los otros, más cerca estarán de su Señor. Un movimiento no puede producirse sin el otro. (Véase Mar. 12: 28-31; Mat. 18: 20; 1 Juan 1: 3, 7;

2: 9, 10; 3: 10, 14, 17, 23; 4: 7, 8, 11, 12, 20, 21.) Cuando los creyentes se separan, están sirviendo en el nombre de Cristo, invitando a otros que están en la periferia *hacia* el círculo íntimo de la fe. Los creyentes llegan así a estar en un movimiento continuo entre Dios, los unos con los otros y el mundo.

Incluir a cada creyente en el ministerio cristiano es un asunto de primerísima importancia en la agenda de un pastor y su liderazgo eclesial. Los pastores han de afirmar la validez y el mérito de esta búsqueda, y las congregaciones deben reconocer su plena responsabilidad. Si es solamente el pastor quien tiene esta visión, es necesario establecer un programa de predicación y educación, y dicho plan necesita ser confeccionado tomando en cuenta la herencia denominacional y las peculiaridades de la congregación. Dónde empezar y cómo proceder es un aspecto que merece mucha reflexión, investigación y una paciente cimentación.

Un consenso creciente establece que la evaluación es una valiosa herramienta que puede ayudar en la búsqueda de cambios y como introducción a una adecuada planificación. Al ayudar a la congregación a determinar: "¿Qué es lo que estamos haciendo?" "¿Hacia dónde vamos?" "¿Adónde queremos llegar?", usted puede ayudarla a considerar la situación actual y las áreas que necesitan una atención ulterior. En este proceso es necesario despertar preocupación por el fortalecimiento y la extensión de los distintos aspectos del ministerio que los miembros de iglesia están realizando. Si bien todas las congregaciones practican alguna forma de "ministerio laico" rara vez se ha logrado alcanzar todo su potencial.

Otro punto de partida posible es evaluar el ministerio del *pastor*. Aquí la congregación pueda tal vez demostrar una mayor disposición para el trabajo y la incorporación de cambios, especialmente si es el pastor el que formula la idea inicial. El estilo y desempeño del ministerio pastoral, ¿es compatible y facilita el espíritu de un ministerio *compartido*? El estilo de liderazgo puede ser demasiado autocrático; su desempeño puede dar la impresión de ser la "junta de un solo hombre".

Cómo la congregación y el propio pastor perciben el papel y la posición del pastor en la vida de la iglesia es un asunto crítico. El ministerio de un pastor se beneficia al clarificar su papel y función en la congregación y por ella. Ayuda tener escritas algunas prioridades establecidas y también una descripción del trabajo,

que sean evaluadas y revisadas periódicamente. Poniendo por escrito el papel del pastor en el ministerio, establece algunos blancos que un pastor quisiera considerar como su responsabilidad. También agrega otra hebra al ministerio compartido, trabajando hacia una mayor participación congregacional en la planificación del trabajo pastoral y eclesial. El siguiente paso lógico podría ser trabajar para fijar algunos blancos para la congregación que sean un desafío, pero accesibles.

Cualquiera sea el plan a seguir, el pastor ha de tomar muy en serio su papel en el ministerio y ha de guiar a la congregación a ser responsable al compartir dicho ministerio. Tanto el pastor como la congregación han de estar *juntamente* comprometidos en él. Es posible que al formular planes haya algunas diferencias de opinión. Esto debe ser aceptado, y se ha de conducir con un espíritu de entendimiento, amistad, y reciprocidad guiada por el Espíritu, considerando lo que se ha de hacer, y cuándo, cómo y por quién. Siendo que la fijación de blancos y la fiel administración no siempre producen los resultados esperados, búsqese progreso y no perfección, y perseverese con paciencia.

La iglesia es como un gigante dormido que ha de ser despertado. Un deber prioritario del liderazgo es levantarla para que pueda ser colmada con todo el potencial prometido por su Señor. (Véase Juan 14: 12-14.) Los pastores pueden ayudar a sus congregaciones a darse cuenta de esta promesa de ministerio y a su vez, a *ser asistidos* por sus congregaciones al enfocar mejor su propio ministerio.

Pastorear una congregación en el sendero de un ministerio crecientemente compartido es una responsabilidad que ha de ser tanto captada como enseñada. Los pastores y los líderes eclesiásticos necesitan tener una conciencia de un cristianismo que sea *modelo* de liderazgo y de servicio. Se necesita un liderazgo pastoral activo y flexible, que incluya a otros en un enfoque de equipo del ministerio, que inicie, asimile y vigorice los esfuerzos de muchos. El pastor necesita ser algo así como un director técnico de un equipo que también juegue los partidos y sea responsable de instruir a los jugadores y coordinar tanto la defensa como el ataque. El director técnico también tiene y utiliza asistentes técnicos. La actitud en el liderazgo necesita ser de adulto a adulto, y no de padre a hijo.

Un sentido de liderazgo compartido es crucial para la realización de un ministerio compar-

tido. El pastor no es el único líder en la congregación sino un líder entre los líderes, y por supuesto, un siervo entre los siervos. El liderazgo en la iglesia necesita ser considerado como una función de servicio que debe cumplirse, no como una posición de señorío sobre otros ni como un símbolo de estatus.

¿Compartir el ministerio o no compartirlo? Ni teológica ni pragmáticamente es ésta una opción válida. El asunto en consideración es: ¿Cómo pueden el pastor y los hombres cumplir *más efectivamente* su llamado y ministerio común? La iglesia ha de buscar utilizar todas las habilidades de pastores ordenados preparados, y todos los recursos de todos sus miembros. Este proceder redundará en un nuevo aprendizaje y crecimiento tanto en pastores como en feligreses para la gloria de Dios y para el enriquecimiento de la iglesia.

Para que este ministerio, plenamente compartido, se arraigue y dé fruto en una congregación, el pastor y los hermanos deben poseer una visión compartida. El pastor no ha de ser visto como "haciendo" el ministerio de la iglesia; sino como teniendo sobre sí la responsabilidad de supervisar y asistir en la promoción de ese ministerio. El ministerio compartido es una actitud y un proceso de reconocer que *todos* los cristianos han sido llamados al ministerio; el ministerio no es una fase optativa de la vida cristiana. Y aunque hubiera solamente un "pastor", *todos* los miembros son "ministros". Algunas iglesias han incorporado esta verdad a sus servicios de bautismo y de recepción de miembros. Por todos los medios posibles hemos de fomentar una visión y práctica creciente del ministerio compartido.

Compartir el ministerio es una aventura multifacética que busca descubrir y utilizar los dones de cada creyente, para ayudar a cada miembro a madurar hasta la plenitud de su potencial. Para lograr este fin los pastores y las congregaciones necesitan la máxima participación de todos los miembros ya disponibles, a fin de que los tesoros escondidos en su propio terreno puedan ser descubiertos. Es posible que se pasen por alto "hectáreas de diamantes" o al menos muchas preciosas gemas en bruto.

Usted conoce lo que es su iglesia. ¿Puede vislumbrar lo que puede llegar a ser? ■

Harry Spaeth es pastor de la Iglesia de Hollidaysburg de los Hermanos, en Hollidaysburg, Pennsylvania, Estados Unidos.

Cómo hacer interesante una reunión misionera

Itanel Ferraz

LEEMOS en Mateo 9: 35: "Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, *enseñando* en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo".

Subrayé a propósito la palabra "enseñando" porque era lo que más hacía nuestro Salvador. Primero enseñaba, después predicaba. Jesús era reconocido más como maestro que como predicador. El joven rico preguntó a Cristo: "Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?" (Mat. 19: 16).

Sabemos que de las noventa veces que se menciona a Cristo en los evangelios, sesenta veces aparece como "rabí", que quiere decir "mi maestro". Sí, Jesús dedicaba más tiempo a la enseñanza que a la predicación. Fue el mayor Profesor que el mundo haya conocido, porque un maestro sólo es maestro en la realidad cuando consigue imprimir sus ideas en la mente de sus alumnos, influyendo así en la conducta; llevándolos a la transformación de hábitos y actitudes.

Para poder enseñar se requiere paciencia y perseverancia, lo que no siempre, por nuestra humanidad, estamos dispuestos a desarrollar.

Muchas veces para el dirigente es más fácil hacer el trabajo misionero que enseñarle a un hermano a hacerlo.

Es así que para que las reuniones misioneras del primer sábado del mes sean interesantes, es necesario que antes haya preparación y enseñanza. Esta reunión debería ser una de las más interesantes de la iglesia para motivar constantemente a los hermanos. Un miembro de la iglesia decía que el sábado dedicado a la actividad misionera iba a la iglesia como quien va al dentista: porque no puede dejar de ir, como tampoco puede dejar de ir al dentista. En cuanto a la motivación, los pedagogos nos dicen que:

Cada cien personas hay cinco excelentes, que no necesitan motivación alguna. Quince que precisan alguna motivación de vez en cuando. Sesenta que precisan ser motivadas constantemente. Quince que necesitan una fuerte motivación, porque son inconstantes. Cinco que no reaccionan ante ninguna motivación. No se atreven a hacer nada.

Por lo tanto, la reunión misionera es de una importancia capital porque, en gran medida, la motivación de la iglesia depende de ella.

Debemos cambiar la idea de que la reunión misionera debe estar compuesta por algunos anuncios relacionados con aspectos misioneros y luego un sermón. Es verdad que las tradiciones no se mudan fácilmente, y parecería

El pastor Itanel Ferraz es el director de los departamentos de Acción Misionera y Escuela Sabática de la División Sudamericana.

que si en algunas iglesias no se oye un sermón misionero, no es un sábado misionero.

La sierva del Señor nos dice: "Los hermanos han oído demasiados sermones; pero, ¿se les ha enseñado a trabajar para aquellos por quienes Cristo murió? ¿Se les ha propuesto y presentado algún ramo de trabajo de tal manera que cada uno haya visto la necesidad de tomar parte en la obra?" (*Servicio Cristiano*, pág. 75).

En realidad ha habido demasiados sermones cuando debería haber habido más instrucción. Olvidándonos de que Cristo fue más maestro que predicador, hemos desarrollado en la iglesia la idea de que el misionero ideal es el predicador. Es bueno que haya hermanos que puedan predicar, pero aunque no todos puedan ser predicadores, la mayoría puede enseñar. Entonces, lo que deberíamos hacer en las reuniones misioneras son programas activos que tengan siempre algunas instrucciones misioneras.

Leemos en cuanto a la instrucción a los hermanos: "Debe haber un plan bien organizado para el empleo de obreros a fin de que éstos vayan a todas nuestras iglesias, grandes y pequeñas, para instruir a los miembros sobre cómo trabajar por la edificación de la iglesia, y también por los no creyentes. Es educación, preparación, lo que se necesita. Los que trabajan en visitar las iglesias deben dar a los hermanos y hermanas instrucción en los métodos prácticos de realizar obra misionera" (*ibid.*, pág. 74).

"La mayor ayuda que puede darse a nuestro pueblo consiste en enseñarle a trabajar para Dios, y a confiar en El, y no en los ministros" (*ibid.*, pág. 75).

"Las iglesias se están marchitando porque no han empleado sus talentos en difundir la luz. Deben darse instrucciones cuidadosas que serán como lecciones del Maestro, para que todos puedan usar prácticamente su luz" (*loc. cit.*).

"Muchos trabajarían con gusto si se les enseñara cómo empezar. Necesitan ser instruidos y alentados. Cada iglesia debe ser una escuela práctica para obreros cristianos" (*loc. cit.*).

Nos impresiona el éxito de los apóstoles en aquellos días tan difíciles, sin las comodidades actuales y completamente desprovistos de las facilidades de comunicación de nuestros días. Sabemos que la gran preocupación de Pablo era la instrucción, y ese fue el secreto de la expansión del cristianismo en aquellos días.

Leemos en *Servicio Cristiano*, pág. 77, lo siguiente: "Y cuando los apóstoles se iban a otra ciudad, la fe de esos conversos no disminuía, sino que se acrecentaba. Habían sido fielmente instruidos en el camino del Señor y enseñados a trabajar abnegada, fervorosa y perseverantemente por la salvación de sus prójimos. Esta solícita educación de los neófitos era un importante factor del notable éxito que obtuvieron Pablo y Bernabé al predicar el Evangelio en tierras paganas".

Vayamos ahora por pasos:

1. El pastor debe convocar la Junta Misionera por lo menos una vez por mes. Lo ideal sería fijar el día y la hora con anticipación.

2. Los miembros de la Junta Misionera son: el anciano de iglesia (que será el presidente), el director misionero, el secretario misionero de la iglesia, el director de Jóvenes, el director de la sociedad de menores o cualquier otra persona designada por la junta de la iglesia.

3. En esta reunión se debería realizar una evaluación del movimiento misionero de la iglesia para verificar dónde están sus puntos débiles. Se debe analizar si hay necesidad de cambio de territorios o folletos, etc.

4. En la reunión se hace un balance del material misionero existente, para que no haya fallas en la continuidad de su distribución a los hermanos los sábados por la mañana.

5. En esta reunión se elabora el programa misionero del siguiente primer sábado del mes. El programa puede ser variado. Debe tener por lo menos un incidente misionero reciente de algún hermano. Las Dorcas deben hablar de sus actividades durante unos diez minutos. Será interesante analizar el funcionamiento misionero de la iglesia en general y las buenas perspectivas que hubiera. Alguien presentará un estudio misionero de unos doce a quince minutos. Durante otros quince minutos dos o tres personas harán una presentación animada de cómo dar un estudio bíblico, cómo pasar diapositivas, cómo conseguir inscripciones para La Voz de la Esperanza, etc. Entre una parte y otra debería haber música especial.

6. El pastor debe dar todo el apoyo posible al programa, colaborando y participando. No debiera, en el momento en que la iglesia llegue a estar "funcionando a toda máquina", dejar el programa a cargo de los hermanos y dirigirse a otra iglesia para aprovechar esa oportunidad. La iglesia fue fundada para ser una agencia misionera, y cuando ella esté funcionando como tal, no puede ser abandonada. ■

El lugar de la mujer en el ministerio

Mario Veloso

EN EL antiguo mundo oriental existía el siguiente proverbio, que se repetía constantemente: "Estoy agradecido de no ser incrédulo, ni incivilizado, ni mujer, ni esclavo". La importancia de la mujer en ese ambiente, fue siempre muy reducida.¹ En el pueblo de Israel, en cambio, aunque la mujer parece estar en una situación inferior al hombre, en su casa, tiene derechos iguales a los de su marido, especialmente en lo relacionado con la educación de sus hijos.² Esta igualdad aparece en las leyes que condenan las faltas de los hijos contra su madre del mismo modo que condenan las ofensas contra sus padres (Exo. 21: 17; Lev. 20: 9; Deut. 21: 18-21; 27: 16) y en el Decálogo que demanda honrar tanto a la madre como al padre (Exo. 20: 12; Lev. 19: 3).

El marido debía amar a su mujer, escucharla y tratarla como a su igual. Esto ocurre con la madre de Samuel (1 Sam. 1: 4-8, 22-23) y con la sunamita (2 Rey 4: 8-26). Los hijos deben respetar a su madre (Prov. 19: 26; 20: 20; 23: 22; 30: 17)³ y honrarla (Exo. 20: 12). La mujer es la gracia personificada y digna de recibir honores (Prov. 11: 16), especialmente cuando es industriosa, trabajadora, bondadosa, sabia, honorable y piadosa (Prov. 31: 10-31).

Según la Biblia, la mujer tiene un lugar en la vida religiosa del pueblo de Dios y una parte en el ministerio evangélico. Expondremos estas enseñanzas clasificando su contenido en tres partes: en primer lugar analizaremos el papel de la mujer en la vida religiosa del pueblo de Dios; en segundo lugar, su ubicación en el ministerio evangélico cristiano primitivo, y en tercer lugar, su importancia en el ministerio evangélico actual.

I. El papel de la mujer en la vida religiosa del pueblo de Dios

Durante el período veterotestamentario las mujeres participaban plenamente en las actividades religiosas relacionadas con las grandes fiestas del pueblo de Israel, como la Pascua, el Pentecostés y la fiesta de los Tabernáculos.⁴ En relación con la fiesta de la Pascua, están ciertamente incluidas en las expresiones: "toda la comunidad israelita", "por familia", "por cada casa" (Exo. 12: 3). Más específicamente, en relación con la fiesta de las semanas se incluye la participación de las viudas (Deut. 16: 11), y en relación con la fiesta de las cabañas también se incluyen las "viudas que vivan en su ciudad" (Deut. 16: 14). La participación en las fiestas indicaba la relación que cada uno de los israelitas mantenía con Dios. Esa relación se expresaba de manera mucho más permanente a través del pacto.

La mujer también participaba del pacto que Dios había hecho con su pueblo Israel. Moisés, en el país de Moab, dijo al pueblo: "Hoy están reunidos todos ustedes delante del Señor su Dios: los jefes de sus tribus, los ancianos, los oficiales, todos los hombres de Israel, los niños, las *mujeres* y los extranjeros que viven entre ustedes, desde el leñador hasta el aguador, para comprometerse bajo juramento el pacto que el Señor su Dios hace hoy con ustedes" (Deut. 29: 10-12).^{*} El pacto es el convenio que Dios establece con el hombre, hecho con el solemne rito de la muerte de algún animal,⁵ mediante el cual "queda establecido que ustedes son su pueblo y que él es su Dios" (Deut. 29: 13).^{*}

El pacto de Jehová con su pueblo incluye tres aspectos: 1) un regalo, hecho por Dios a su pueblo, 2) una relación, la comunión que Dios establece con su pueblo, y 3) una obligación, contraída por la persona que acepta el pacto

^{*} Versión Dios Habla Hoy.

con Dios y que se expresa en la forma de una ley.⁶

Las mujeres participaban de toda la riqueza religiosa que implica el regalo de Jehová a su pueblo, la comunión íntima que se producía entre El y ellos a causa de este regalo, y también debían cumplir las obligaciones establecidas por la ley. Hombres y mujeres estaban en situación de igualdad con respecto a la participación en la vida religiosa que Dios les había prescrito. Con respecto a los oficios religiosos había una diferencia.

Estos oficios religiosos se encarnaban en dos personajes de la comunidad israelita: el sacerdote y el profeta. El sacerdote era un ministro del altar que servía en el santuario (Núm. 1: 53), consultaba la voluntad de Dios (Núm. 27: 21), enseñaba las leyes y los decretos de Dios, ofrecía los sacrificios y las ofrendas (Deut. 33: 10), y actuaba como mediador entre el hombre y Dios (Heb. 5: 1).⁷

Los sacerdotes eran los ministros del culto público.⁸ ¿Tenían las mujeres alguna parte que cumplir en el culto público? Los templos paganos tenían hieródulas o sacerdotisas que ejercían la relación sexual sagrada en los templos, especialmente en los dedicados a la diosa de la fertilidad.⁹ Pero Israel no tenía sacerdotisas. Ninguna mujer ocupó jamás un lugar en el sacerdocio israelita.¹⁰ La única referencia que habla de mujeres en alguna clase de trabajo relacionado con el templo es Exodo 38: 8, donde se habla de "las mujeres que servían a la entrada de la tienda del encuentro". Este trabajo de las mujeres vuelve a repetirse en 1 Samuel 2: 22 donde se informa que los hijos de Elí prostituyeron a algunas de estas mujeres. Parece que el trabajo que ellas realizaban a la entrada del templo era el de porterías.¹¹ Esto indica que la mujer, en el culto público del antiguo Israel, cumplía una función de servicio silencioso, casi privado, pues el trabajo de los porteros siempre se realiza cuando el público se ha retirado.

Este tipo de servicio concordaría con el oficio de diaconisas que la iglesia cristiana otorga a las mujeres (Rom. 16: 1; 1 Tim. 3: 11). No cabe la menor duda de que el oficio de diaconisa estaba asociado al del diácono, que mantenía una relación estrecha con el obispo o anciano (1 Tim. 3: 1-13).¹² Lo importante aquí, tanto en lo que respecta a la portera del templo como a la diaconisa, es el carácter de asociado que tienen estos oficios. Parece ser que en el culto público la mujer puede ejercer un oficio

asociado. No ocupa el oficio principal que dirige el culto en forma directa.

El otro oficio religioso que aparece en la Biblia es el ejercicio por el profeta. Contrariamente a lo que ocurre con la mujer en el oficio sacerdotal, en las funciones de profeta no existe ninguna diferencia entre hombre y mujer. Algunos estudiosos han querido ver una diferencia radical y hasta opuesta entre el oficio profético y el oficio sacerdotal. Sin embargo ambos poseen el mismo objetivo. El sacerdote trata de alcanzarlo a través del culto y su intercesión a favor del pecador, en cambio el profeta trata de alcanzarlo a través del mensaje cuya revelación recibió de Dios y que trata de comunicar al pecador. Ambos tienen por objetivo la restauración del hombre a la comunión con Dios y la salvación.¹³

"Desde los tiempos más remotos se había considerado a los profetas como maestros divinamente designados. El profeta era, en el más elevado sentido, una persona que hablaba por inspiración directa, y comunicaba al pueblo *los mensajes* que recibía de Dios. Pero también se daba este nombre a aquellos que, aunque no eran tan directamente inspirados, eran divinamente llamados a *instruir* al pueblo en las obras y caminos de Dios."¹⁴

En este oficio de comunicación y enseñanza del mensaje divino la mujer podía participar en pie de igualdad con el hombre. Concluyendo esta parte podemos decir que la participación de la mujer en el oficio sacerdotal que atendía el culto público era muy reducida y más bien en carácter de asociada. En cambio en el oficio profético, cuya función básica era comunicar y enseñar el mensaje divino, tenía una participación igual al hombre. Esta acción de la mujer aparece de nuevo en el ministerio cristiano con características semejantes.

II. El lugar de la mujer en el ministerio cristiano primitivo

Ya hemos mencionado que, en lo relacionado con el culto cristiano, la mujer cumplía el oficio de diaconisa. Este es un oficio asociado cuyas funciones específicas no aparecen en el NT y sólo pueden comprenderse a través de las funciones que se atribuyen al diácono, que se pueden resumir en las siguientes actividades: a) administración de los bienes que posee la congregación, b) servicio práctico a la comunidad de creyentes (Hechos 6-), y c) en el culto, ayudar en el servicio divino de la santa cena.¹⁵ A esto debe agregarse lo que Pablo dice de

Febe, la diaconisa de Cencrea (Rom. 16: 1) al expresar que ella fue su "protectora".¹⁶ La palabra que Pablo utiliza en este versículo es *prostatis*, que significa una mujer colocada sobre otros como protectora.¹⁷

Esta idea estaría complementando el concepto de diaconisa expresado en el versículo anterior. Como se ve, el oficio de diaconisa contiene deberes relacionados con el culto y con la vida de la congregación cristiana. Este oficio, semejante al oficio sacerdotal del AT, también está relacionado con la proclamación del Evangelio así como el sacerdocio estaba relacionado con el oficio profético. En la predicación del Evangelio, la mujer aparece en el NT como colaboradora de Cristo y de los apóstoles. "Cristo habla de mujeres que lo ayudaron en la presentación de la verdad a otras personas y Pablo también se refiere a mujeres que colaboraron con él en el Evangelio".¹⁸

Cristo no sólo aceptó mujeres como seguidoras sino también aceptó el servicio y el dinero de un grupo de devotas mujeres galileas que lo acompañaron en sus viajes (Luc. 8: 1-3; Mat. 27: 55, 56). Las mujeres fueron las primeras en llevar las buenas nuevas de la resurrección de Cristo (Luc. 23: 55-24: 10).

Pablo, aunque tiene textos definidos que colocan a la mujer en imposibilidad de dirigir el culto público (1 Tim. 2: 11-14; 1 Cor. 14: 34, 35), les permite orar en público (1 Cor. 11: 13), profetizar (1 Cor. 11: 5), y las acepta como colaboradoras en la predicación del Evangelio porque al aceptar a Cristo ya "no hay varón ni mujer" (Gál. 3: 28).

Entre las colaboradoras de Pablo se mencionan a Evodia y Sintique (Fil. 4: 2), Priscila (Rom. 16: 3), y las otras mujeres que aparecen en Romanos 16: María (vers. 6), Trifena, Trifosa y Pérsida (vers. 12).

Priscila tiene algunas características muy importantes. Pablo la menciona junto a su esposo, a quienes llama sus colaboradores en Cristo Jesús (Rom. 16: 3). La palabra *sunergós* que Pablo utiliza aquí, se usa en el NT para indicar otra persona que se dedica juntamente a trabajar por el avance de la causa de Cristo. Entre ellos se mencionan a Epafrodito (Fil. 2: 25), a Clemente (Fil. 4: 3), a Urbano (Rom. 16: 9) y a Timoteo (Rom. 16: 21). Es evidente que se trata de evangelizadores ocupados en la proclamación del Evangelio.

Aunque Priscila y Aquila, su esposo, con quien estaba íntimamente asociada en las tareas de predicación, "no fueron llamados a

dedicar todo su tiempo al ministerio del evangelio",²¹ son llamados "fervientes obreros de Cristo"²² y, después de encontrarse con Pablo en Corinto, lo acompañaron a Efeso, y "los dejó allí para que continuaran la obra que había empezado".²³

La dedicación de este matrimonio a la evangelización era tan intensa que tuvieron una iglesia en su propia casa cuando vivieron en Efeso (1 Cor. 16: 19) y cuando volvieron a vivir en Roma (Rom. 16: 3-5). La participación de Priscila tiene que haber sido bastante destacada porque, cuando Pablo se refiere a ellos, coloca a Priscila en primer lugar (Rom. 16: 3; Hech. 18: 18; 2 Tim. 4: 19). Además de mencionar a Febe y a Priscila, Pablo también da los nombres de otras mujeres en Romanos 16. En este capítulo aparecen los nombres de doce mujeres y de diecisiete hombres. Entre las mujeres se destacan Trifena y Trifosa, "las cuales trabajan en el Señor" (vers. 12), y María, lo mismo que Pérsida que han "trabajado mucho" en el Señor (vers. 6 y 12). El verbo *kopiáoō* significa trabajar laboriosa y asiduamente, trabajar afanosamente sin medir esfuerzos, hasta el cansancio. La dedicación sin medida de las mujeres era en favor de Cristo. Estas frases son expresiones técnicas usadas por Pablo para expresar que estas mujeres estaban completamente dedicadas a la difusión del Evangelio.²⁵

Hasta el momento tenemos algunas ideas bien definidas relacionadas con la participación de la mujer, tanto en el culto como en la proclamación del Evangelio.

Con el término "asociada" se puede expresar la idea básica que se aplica a los oficios, que en el AT encarnaban el sacerdote y el profeta. La mujer participaba como colaboradora del sacerdote, particularmente como portera del santuario, o como diaconisa de la iglesia cristiana. En la transmisión del mensaje divino tenía una participación más directa tanto en la comunidad israelita en la que cumplía el oficio de profetisa, como en la comunidad cristiana en la que cumplía tareas de colaboradora del apóstol.

Esta idea de colaboradora del apóstol vuelve a expresarse en Filipenses 4: 2-3, en donde Pablo, refiriéndose al trabajo de Evodia y Sintique, dice en ellas "combatieron juntamente conmigo en el evangelio". La palabra traducida como combatieron es el verbo *sunathléō* que significa esforzarse juntamente con otro, secundar a alguien. En el caso específico de estas dos mujeres Pablo dice "ellas secundaron mis esfuerzos".²⁶ La idea de que la participación de

la mujer en el ministerio complementa la obra del apóstol es realmente importante y nos permite identificar la importancia que tiene la mujer en el ministerio actual.

III. Importancia de la mujer en el ministerio actual

Los talentos de la mujer son indispensables para el éxito del oficio ministerial. "Cuando ha de realizarse una obra grande y decisiva, Dios escoge a hombres y mujeres para hacer su obra, y esta obra sentirá la pérdida si los talentos de ambas clases no son combinados" (*Carta 77*, 1898).²⁷

Hablando más específicamente de la tarea que corresponde a la esposa del pastor, que según los antecedentes bíblicos debe realizar un trabajo que complementa el ministerio de su esposo, debemos hacer referencia a las siguientes palabras: "El ministro y su esposa deben salir juntos, cuando esto sea posible. La esposa, con frecuencia puede trabajar junto a su marido cumpliendo una tarea noble. Puede visitar los hogares y ayudar a las dueñas de casa en una forma como su esposo no podría hacerlo".²⁸

Este concepto de que las esposas de los ministros deben trabajar en relación con sus esposos vuelve a expresarse en el siguiente párrafo: "Hay una gran obra que deben realizar las mujeres en la causa de la verdad presente. Mediante el ejercicio del tacto femenino y el uso sabio de sus conocimientos de la verdad bíblica, pueden eliminar dificultades que nuestros hermanos no podrían enfrentar. Necesitamos obreras que trabajen en relación con sus esposos y debiéramos animar a las que desean dedicarse a este ramo del esfuerzo misionero" (*Carta 142*, 1909).²⁹

El oficio ministerial del pastor y su esposa es uno y el mismo. Ambos deben dedicar sus talentos en pie de igualdad. "La mujer, que aprovecha sabiamente su tiempo y sus facultades, confiando en Dios para obtener sabiduría y fuerza, puede estar en *pie de igualdad* con su esposo como consejera, compañera y colaboradora, y sin embargo, no perder su gracia o modestia femenina".³⁰

Es evidente, entonces que en lo que respecta al culto, el pastor ocupa el lugar del sacerdote en el AT y del apóstol en el NT. En esta tarea cuenta con la ayuda femenina de las diaconisas. En lo que respecta a su oficio profético, mediante el cual proclama el mensaje divi-

no, puede contar con la ayuda femenina incluyendo a su propia esposa en un pie de igualdad con él ya que todas las tareas que el pastor realiza también pueden ser ejecutadas por su esposa quien puede y debe actuar como compañera, consejera, colaboradora,³¹ orientadora de hogar,³² instructora bíblica,³³ profesora de clases bíblicas,³⁴ consejera de mujeres,³⁵ visitadora de madres y niños,³⁶ y también puede hablar a la congregación.³⁷ En consecuencia, las esposas de los pastores debieran agregar los talentos femeninos al ministerio y debieran trabajar en el ministerio evangélico.³⁸

Si la esposa del ministro es un complemento indispensable para su ministerio, la importancia de la mujer en el ministerio cristiano es de gran valor. La mujer, encontrándose en una situación de igualdad con su marido pastor en esta tarea, debiera dedicar sus mejores talentos y energías a tornar más efectivo el ministerio dándole la dimensión con la cual éste alcanza su plenitud. ■

¹ Albrecht Oepke, "Güné," *Theological Dictionary of the New Testament* (TDNT) ed. por Gerhard Kittel (Grand Rapids, Wm. B. Eerdmans Publishing Company, 1974), t. 1, pág. 777.
² Xavier León-Dufour, *Vocabulário de teologia bíblica* (VTB) (Petrópolis, Editora Vozes Ltda., 1977), columna 626.
³ Roland de Vaux, *Ancient Israel* (New York, Mc Graw-Hill Book Company, 1961), t. 1 págs. 39, 40.
⁴ O. J. Baab, "Woman", *The Interpreter's Dictionary of the Bible* (New York, Abingdon Press, 1962), t. 4, pág. 865.
⁵ Robert Baker Girdlestone, *Synonyms of the Old Testament* (Grand Rapids, Mich. 1897), pág. 214.
⁶ Edmond Jacob, *Theology of the Old Testament* (New York, Harper & Row, 1958) pág. 211.
⁷ Roland de Vaux, *Ancient Israel*, t. 2, págs. 345-357.
⁸ *Ibid.* pág. 384.
⁹ Augusto Alegro, "La mujer en camino de realizarse", *Revista Bíblica* 38: 159 (1976), pág. 6.
¹⁰ Roland de Vaux, *Ancient Israel*, t. 2, pág. 384.
¹¹ Adam Clarke, *The Holy Bible with a Commentary and Critical Notes* (New York, Abingdon Cokesbury Press, s.f., t. 1, pág. 485).
¹² Hernan W. Beyer, "Diakoné, diakonía, diákonos", *TDNT* t. 2, págs. 90, 93.
¹³ Edmond Jacob, *Theology of the OT*, pág. 240.
¹⁴ E. G. de White, *La Educación* (Mountain View, California, Publicaciones Interamericanas, 1958), págs. 42-43.
¹⁵ H. W. Beyer, art. cit. *TDNT*, t. 2, págs. 90, 92.
¹⁶ Maria Bertetich, "Las mujeres de la vida y los escritos de San Pablo", *Revista Bíblica* 38: 159 (1976), pág. 20.
¹⁷ Joseph Henry Thayer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament* (New York, American Book Company, 1889), pág. 549.
¹⁸ E. G. de White, "Why the Lord waits", *Review and Herald* 73: 20 (21 de julio de 1896), pág. 449.
¹⁹ Thayer, *Lexicon*, pág. 603.
²⁰ M. Bertetich, art. cit., *RB*, pág. 19.
²¹ E. G. de White, *Los Hechos de los Apóstoles*, (Florida, Bs. As. ACES, 1977), pág. 292.
²² *Ibid.*, pág. 200.
²³ *Ibid.*, pág. 221; Hech. 18: 18, 19.
²⁴ Thayer, *Lexicon*, pág. 355.
²⁵ M. Bertetich, art. cit., *RB*, pág. 21.
²⁶ J. B. Lightfoot, *St. Paul Epistle to the Philippians* (Grand Rapids, Michigan, 1913), pág. 158.
²⁷ E. G. de White, *El Evangelismo*, (Florida, Bs. As. ACES, 1975), pág. 343.
²⁸ *Ibid.*, pág. 358.
²⁹ *Ibid.*, pág. 359.
³⁰ *Ibid.*, pág. 341.
³¹ *loc. cit.*
³² *Ibid.*, pág. 358.
³³ *Ibid.*, pág. 344.
³⁴ *Ibid.*, 346.
³⁵ *Ibid.*, pág. 337.
³⁶ *Ibid.*, pág. 336.
³⁷ *Ibid.*, pág. 346.
³⁸ *Ibid.*, pág. 345.

Creo en Jesucristo

Raoul Dederen

“Creo en . . . el Señor, Jesucristo, el Hijo de Dios, unigénito del Padre, esto es, de la sustancia del Padre, Dios de Dios, Luz de Luz, verdadero Dios del Dios verdadero, unigénito, no creado, de una misma sustancia con el Padre, a través del cual todas las cosas fueron hechas, cosas en el cielo y en la tierra; quien vino y fue hecho carne para nosotros los hombres y para nuestra salvación, y llegó a ser hombre, sufrió y resucitó al tercer día, y ascendió a los cielos y viene para juzgar a los vivos y a los muertos”. El Credo de Nicea.

JESUCRISTO es el centro de la religión cristiana. Nuestra religión no es, en primer lugar, la aceptación de un credo o de un cierto número de creencias fundamentales claramente definidas. En su más profunda esencia es una dedicación a una *persona*. Ser cristiano significa decir *sí* a Cristo, y hacerlo sin reservas.

Lo mismo es cierto del mensaje cristiano. El Evangelio trata acerca de una *Persona*. Habla acerca de un evento cuyo centro es Jesucristo. A través de El Dios actuó y habló. Dios *vino* a través de Jesucristo. El Nuevo Testamento atribuye un significado fundamental a Jesús de Nazaret: “nacido de mujer” (Gál. 4: 4), que sin embargo era antes que Abrahán (Juan 8: 58). El cristianismo no se remonta simplemente a una primitiva comunidad de creyentes; se arraiga en Jesús de Nazaret.

¿Pero quién es Jesús? ¿Un judío del siglo primero? Es difícil admitir que un hombre del primer siglo, por más grande que fuese, haya dado la última palabra en todo lo que es importante. La orden de que debemos rendirnos a El como una persona trae muchas implicaciones alarmantes. ¿Quién es El?

Ciertamente fue un hombre. Sus primeros discípulos no dudaban acerca de la genuina

humanidad del hombre de Nazaret. Hablaban de El como un “varón aprobado por Dios” (Hech. 2: 22), como un hombre a quien “Dios ungió con el Espíritu Santo y que anduvo haciendo bienes” (cap. 10: 38). Al mismo tiempo sostenían que vieron a Dios en cada aspecto de su obra pasada, presente y futura. El era –declararon– nada menos que un ser divino. Recordando su vida terrenal vieron los milagros que El realizaba como “señales” de Dios; es decir, actos de Dios que acompañaban a Jesús y lo investían con significado revelador (caps. 2: 22; 10: 38). También lo vieron como el objeto de las profecías del Antiguo Testamento en términos generales (caps. 7: 52; 10: 43) y con referencia a eventos particulares de su crucifixión (cap. 3: 18) o de su resurrección (cap. 2: 25-31). Mientras que algunos reducían a Jesús a la nada y lo rechazaron, Dios lo glorificó (cap. 3: 13) –dijeron–, lo exaltó hasta ponerlo a su propia mano derecha (cap. 2: 33) y, como se menciona en el primer sermón cristiano registrado, lo hizo “Señor y Cristo” (vers. 36). Dios lo eligió para ser el juez de todos, tanto vivos como muertos (caps. 10: 42; 17: 31).

Los discípulos tal vez no tuvieron desde un principio una cristología completamente desarrollada. Tenemos que esperar hasta que vengan algunos de los escritos más teológicos del Nuevo Testamento para declaraciones sistemáticas y formales sobre el tema, pero estas prime-

Raoul Dederen es profesor de teología histórica en el Seminario Teológico de la Universidad Andrews, Berrien Springs, Michigan; y es redactor colaborador de la revista *Ministry*.

ras afirmaciones contienen toda la materia prima para una doctrina cristiana completa de la persona y de la obra de Cristo.

Los escritores del Nuevo Testamento también se gozaban en pensar que Jesús mantenía una relación especial e íntima con el Padre. Pablo, por ejemplo, piensa que el Padre y el Hijo están tan íntimamente relacionados, que atribuye indistintamente a ambos los mismos dones y gracias. Así, el Evangelio de Dios también es de Jesucristo como lo afirma algunos versículos después (Rom. 1: 1, 16). Los dos están tan íntimamente unidos que no importa saber a cuál de ellos se refiere. El perdón proviene de Dios o de Cristo (Col. 2: 13; 3: 13), o de Dios por amor a Cristo (Efe. 4: 32). Algún día estaremos ante el tribunal de Dios, al cual también se refiere como el tribunal de Cristo (Rom. 14: 10-12; 2 Cor. 5: 10). Y si es verdad que en el Antiguo Testamento el gran día final cuando se realice el juicio, es el "día del Señor", también es "el día de nuestro Señor Jesucristo" (1 Cor. 1: 8; Rom. 2: 16). ¿De qué otra forma se podría demostrar más claramente el lugar que ocupaba Cristo en las mentes de los primeros cristianos que ver el espectáculo de judíos monoteístas convencidos que tan abiertamente atribuían funciones y atributos divinos a Jesús de Nazaret?

El Evangelio de Juan se abre con la desconcertante declaración: "En el principio era el Verbo". La imagen es extraña para nosotros, y apenas sabemos lo que significa. Pero el término *logos* (palabra) era común en el siglo primero. Es precisamente dentro de este marco (que, como Juan sabía, judíos y griegos comprenderían y apreciarían) que el apóstol proclamó que Jesús de Nazaret era responsable de toda la creación, así como de darle a los hombres y a las mujeres la luz verdadera (Juan 1: 3, 4, 9). Para Juan, el *logos*, tan familiar para sus contemporáneos, era una persona y nada menos que Dios (vers. 1).

Después de haber afirmado la deidad esencial de Cristo, Juan sigue declarando que ocurrió una encarnación: "Aquel Verbo fue hecho carne" (vers. 14). Años antes Pablo había hecho una declaración similar: el que era en la forma de Dios tomó la forma de un siervo y fue "hecho semejante a los hombres" (Fil. 2: 6, 7). Dios el Hijo llegó a ser un hombre; se produjo una unión tan íntima entre Dios y una naturaleza

humana creada, que un hombre, uno de nuestra propia raza, pudo decir: "Yo soy Dios". En un momento particular de la historia, Dios el Hijo entró a este mundo en una forma única, sin precedentes; ¡y comenzó a existir como hombre! La encarnación no puede ser explicada por lo que ocurrió antes; debe ser unida por una línea vertical directamente con Dios.

Aunque sería totalmente arrogante vanagloriarse de que podemos conocer la mente de Cristo, no estamos sin evidencias de la visión de Jesús sobre sí mismo. Entre otras cosas, Él sabía que era Hijo de Dios en un sentido único (Luc. 2: 41-52; Juan 20: 17; 5: 17, 18), así como Hijo del hombre, el cual tiene autoridad para perdonar pecados y es Señor del sábado (Mar. 2: 10, 27). La comprensión propia de Cristo surge más vívidamente en las grandes declaraciones "Yo Soy" registradas en el cuarto Evangelio. "Yo soy el pan de vida" (Juan 6: 35) y "Yo soy la luz del mundo" (cap. 8: 12) son pretensiones singulares. Lo mismo podemos decir de "Yo soy la resurrección y la vida" (cap. 11: 25), como de su afirmación de ser "el camino, la verdad y la vida" (cap. 14: 6). Difícilmente estas afirmaciones podrían ser más abarcales y universales. Resulta difícil evitar la conclusión de que en la mente de Jesús había una definida conexión entre sí mismo y el gran Yo Soy, nombre atribuido a Yahveh en el Antiguo Testamento (Exo. 3: 13, 14). Podemos ver esto más claramente aun en otra declaración de Cristo: "Antes que Abrahán fuese, yo soy" (Juan 8: 58). Los que lo escucharon estaban tan conscientes de las implicancias de esa declaración que "tomaron entonces piedras para arrojárselas" (vers. 59).

Aunque plenamente Dios, Jesús también fue totalmente hombre, como lo certificaron los escritores del Nuevo Testamento, quienes nos dicen que Él "crecía y se fortalecía" (Luc. 2: 40) y "crecía en sabiduría y en estatura" (vers. 52), y que "por lo que padeció aprendió la obediencia" (Heb. 5: 8). Ellos lo describen como conocedor del hambre (Mat. 4: 2), de la sed (Juan 19: 28) y de la necesidad de dormir y descansar (Mat. 8: 24; Juan 4: 6). Podía expresar amor y compasión (Mar. 10: 21; Mat. 9: 36), y necesitaba orar para sostenerse (Mat. 14: 23; Luc. 16: 12). ■

Continuará.